



Cuadernos Maximalistas

3

Breve historia de las colectividades

Cuadernos maximalistas. nº 3

Breve historia de las colectividades

Edita: Centro de Estudios Maximalistas

Diseño y Maquetación: Elio del Amo Feduchy

Ilustraciones de cubierta: Elio del Amo Feduchy

Breve historia de las colectividades

¿Por qué colectividades?	5
De la comuna rural a la cooperativa urbana	7
Cabet y el primer partido obrero	10
El cooperativismo internacionalista	19
El cooperativismo ACI	24
Mientras tanto, en Rusia...	30
Colectividades, aglomeraciones y casas del pueblo de la IIª Internacional	34
El nacimiento de la kvutza en Palestina	42
El movimiento comunalista en la Revolución Rusa	54
El cooperativismo en la IIIª Internacional	59
Las colectividades en la Revolución Española	70
El kibutz	75
El gabinete de los horrores	82
- La destrucción de la kvutza y su propiedad comunal	83
1. Absorción de la estructura política del kibutz por el estado	83
2. Formación de una burocracia gestora	85
3. Cultura sesentayochista y universidades	87
4. Privatización de los recursos y el fin de las kvutzot, sus asambleas y su propiedad comunal	88
- El boom del cooperativismo amarillo	89
- El boom comunal de la pequeña burguesía en revuelta	94
- El nuevo lasalleísmo	102
- Los kibutz urbanos israelíes	105
¿Pueden volver a existir colectividades de trabajadores?	108
Apéndice Documental	111
- Cooperativas (Carlos Marx)	111
- Tesis del IIIº Congreso Mundial de la Internacional Comunista sobre la acción de los comunistas en las cooperativas	112
- Resolución del IIIº Congreso Mundial de la Internacional Comunista sobre la acción en las cooperativas	116
- Resolución del IVº Congreso Mundial de la Internacional Comunista sobre la Cooperación	117
- Comunas campesinas y cooperativas en España antes de las colectivizaciones (Gerald Brenan)	122



¿Por qué colectividades?

Explotaciones en régimen comunal, cooperativas, comunas, kibutz... hay toda una gama de palabras para describir formas colectivas de trabajo y propiedad. Sin embargo, de entre la multitud de términos disponibles, el que hemos elegido para este trabajo es *colectividad*.

Colectividad es el nombre que, hasta la Revolución española, recibieron en español las cooperativas -tanto de trabajo como de consumo- y las explotaciones en régimen comunal puestas en pie por **trabajadores**. No se consideraban *colectividades* las agrupaciones de propietarios minifundistas o ganaderos ni las asociaciones industriales. En ese sentido *colectividad* es mucho más preciso y al tiempo más amplio que *cooperativa*. Abraza tanto a cooperativas de trabajo como de consumo, pero deja fuera a las cooperativas de empresas y propietarios.

Fueron *colectividades* las que pusieron en marcha los primeros sistemas de educación y salud obrera en el siglo XIX, las que levantaron las casas del pueblo a principios del XX y las que financiaron buena parte de las grandes huelgas industriales. Además, durante los años de la revolución (1936-37) se llamó *colectividades* a las organizaciones que espontáneamente organizaron la producción y distribución de bienes intentando abastecer a las milicias pero, sobre todo, abolir desde su base el trabajo asalariado y ensayar un metabolismo productivo centrado en la satisfacción directa de las necesidades humanas.

Esta segunda acepción es en realidad la que da pleno sentido al término al revelar las intenciones y objetivos profundos

de las experiencias que las precedieron. De hecho, durante la Revolución española, en la mayoría de los casos fueron viejas colectividades de jornaleros -que en pueblos como Llerena integraban consumo y producción- las que sirvieron de esqueleto a las colectividades comarcales y de pueblos enteros que, a partir del 19 de julio, abolieron el salario y procedieron a distribuir alimentos y bienes de primera necesidad en función de las necesidades de cada familia.

Vistas en perspectiva, las colectividades fueron un mimbres importante para la organización de la clase trabajadora durante su ascenso como sujeto político y el punto de partida desde el que, en la Revolución, intentó hacerse con el aparato productivo para superar su organización capitalista.

De la comuna rural a la cooperativa urbana

La historia que repite hoy mecánicamente todo el movimiento cooperativo oficial agrupado en la *Alianza Cooperativa Internacional* (ACI), nos dice que el cooperativismo nació en Rochdale, Inglaterra, con una primera cooperativa de consumo creada el 21 de diciembre de 1844, los famosos *pioneros de Rochdale*. Esta historia, creada más de cuarenta años después, no es inocente en absoluto.

Estudiando los antecedentes de la Revolución española, alguien tan poco sospechoso de simpatizar con el comunismo como Brenan señala múltiples ejemplos de

*una cooperativa productiva moderna encajada en una organización comunal antigua y funcionando perfectamente. Lo que ha sido hecho en Port de la Selva, rodeado de influencia anarquista, ha sido hecho también en Ansó, de ambiente carlista, mientras que la organización de cooperativas de Llánabes data del siglo XVIII y **precede así al menos en sesenta años al movimiento cooperativista europeo.***

Este **comunismo feudal** aparece en numerosos relatos de los economistas españoles del siglo XIX retratado como un sistema de loteado rotativo de recursos en función de las capacidades de las familias, combinado con servicios comunales y semillas gratuitas.

El cirujano, los pastores, el herrero, la botica, las bulas, letanías, etc., todo se paga de concejo. La sal, el trigo y lo sobrante de propios, a todos se les reparte igualmente y con la mayor fidelidad. Las tierras son comunes y se reparten cada diez años por partes iguales y por suerte entre los vecinos. [...] Son las tierras un sagrado donde nadie entra. Para cultivarlas, siempre llevan uncidos o atados al carro los bueyes. Las cuidan con esmero, así como el camino que conduce a ellas. [...] Pueblo generoso y digno de ser feliz! No te olvides de que tu suerte está cifrada en que las tierras sigan siendo comunes, y que al punto que esta comunidad te falte, serás reducido a un desierto, en que sólo habitarán los bueyes y las fieras.

«Historia biográfica, o historia de la vida y hechos de D. Juan Antonio Posse, escrita por él mismo, hasta el año 1834», citada por Gumersindo de Azcárate en «Vestigios del Primitivo Comunismo en España», 1883.

Este es el mundo que los *enclosures* británicos y las amortizaciones españolas destruyen para establecer arrendatarios, permitir la acumulación originaria y multiplicar la productividad. Este es el mundo de donde vienen los vagos a los que enfrenta la nueva moral capitalista de Malthus y Bentham. Sobre sus restos -muchas veces muy lozanos- y para defenderlos, la generación de discípulos de Fourier construirá el cooperativismo productivo moderno. Sus grandes figuras -Godin y especialmente, Fernando Garrido- propiciarán el salto del comunismo rural de ganaderos, pescadores y agricultores, a la cooperativa urbana de trabajo asociado.

Normalmente tendemos a sobredimensionar el papel -y los problemas- del artesanado gremial en proletarización en la formación de la clase obrera y sus primeras manifestaciones políticas. Es natural puesto que eran una capa urbana que partía de una organización propia... en descomposición. Pero

el hecho es que la gran mayoría del proletariado *nuevo* tenía origen rural y en muchos casos la experiencia, el recuerdo o la referencia de formas de organización comunales. Las primeras expresiones abiertas del *comunismo obrero*, no serán recibidas como una absoluta novedad, sino como expresión de anhelos ya presentes.

Son esos anhelos los que recogen y proyectan los términos *communisme* y *communiste*, derivados de la acepción francesa de *communaute* como propiedad común. Con Cabet y el movimiento que impulsa -los *comunistas icarianos*- el principio de *Comunidad*, el *comunismo*, se convierte en programa político. El comunismo obrero nacerá como la corriente que define a la comunidad y la propiedad comunal como forma válida de organización de toda la sociedad, capaz de integrar a la industria rompiendo con la división en clases, la acumulación de capital y la separación de los medios de producción.

Cabet y el primer partido obrero

Marx y Engels interpretaron las colonias icarianas en EEUU como un último producto del socialismo utópico. Lo eran. Pero con dos matizaciones que lo diferencian radicalmente de owenitas y fourieristas.

Aunque su modelo fuera el de la sociedad descrita en el *Viaje a Icaria*, Cabet no había concebido su libro como una invitación a abandonar Europa y de hecho, se opuso mientras pudo a la migración de los icarianos. La idea misma de «marchar a Icaria» no nació ni de él ni de ningún grupo de ingenieros sociales a la búsqueda de voluntarios, sino de la base misma de los comunistas icarianos, el primer gran partido obrero europeo y una de las primeras expresiones políticas de la clase trabajadora que en ese momento estaba conformándose en Francia.

Cabet había publicado el *Viaje a Icaria* por primera vez en Francia en 1840 en el marco de su ruptura teórica con el bauvismo. En un intento de pasar desapercibido ante sus oponentes teóricos, el libro aparece bajo el título de *Viaje y aventuras de Lord William Carisdall en Icaria traducidas del inglés Francis Adams por Th. Dufruit*.

Difunde los primeros ejemplares entre militantes obreros. Hasta entonces, el único comunismo era el de Babeuf y por

primera vez el sistema de la *Communauté* (comunidad de bienes) se expone en un largo desarrollo rechazando toda filiación con la tradición golpista.

Una serie de huelgas por todo el país, y un atentado fallido contra el Rey generan un clima de tensión que lleva a las autoridades de gobierno a atribuir la responsabilidad de los sucesos violentos por igual a obreros reformistas y bauvistas.

Cabet define su línea política: *Soy reformista más que revolucionario; soy ante todo demócrata, y añado, más no soy hebertista ni bavouvista*. Comienza la publicación de un nuevo periódico, *Le Populaire* con el proyecto de reunir a todas las firmas comunistas e imponer una dirección única.

Le Populaire será demócrata, reformista y, sobre todo, *comunista* en los términos que se entendía en la época. Defenderá la *Communauté* -la propiedad colectiva de los bienes de producción- pidiendo a la opinión pública su establecimiento con un régimen transitorio y preparatorio. La batalla política y teórica con bauvistas y fourieristas irá creciendo a lo largo de los dos años siguientes.

En septiembre de 1842 organiza una asamblea general de socios de *Le Populaire*. Es el verdadero momento fundacional de un nuevo partido. El primer partido obrero.

Como los neobavouvistas empiezan a llamarse a si mismos *comunistas*, los icarianos empiezan a llamarse a si mismos *comunistas icarianos* y se muestran a favor de los principios recogidos en la primera página del *Viaje a Icaria* y que incluyen la famosa frase definitoria del objetivo comunista:

De cada cual según sus fortalezas, a cada cual según sus necesidades:

Para finales de 1842, la mayor parte de los comunistas de Francia son icarianos. La diferencia más clara y remarcada con los neobavouvistas es el rechazo constante de la violencia y el golpe de estado. En 1841 *Le Populaire* recuerda a los *simpatizantes icarianos*:

¡Sed hombres de principios antes que revolucionarios! No busquéis vuestra fuerza más que en la discusión, en la capacidad para convencer a otros, en la opinión pública, en la voluntad nacional.

A lo largo de los años se repite el mensaje para diferenciarse de los comunistas que...

rechazan la idea del sistema desarrollado en el Viaje a Icaria, es decir de la soberanía del Pueblo, de la igualdad, de la fraternidad, del matrimonio, de la familia, de la regeneración social por la discusión, por la persuasión, por la potencia de la opinión pública.

El comunismo icariano es una red, un movimiento, una ceremoniosidad, un partido, una nueva forma de organización militante al mismo tiempo política y social. Periódico y folletos circulan entre los artesanos y obreros, se comparten, se copian, se leen en las largas jornadas de trabajo doméstico. Son ante todo una herramienta para el proselitismo. La estrategia de Cabet, se basa en ganar más adhesiones y mantener la movilización y las donaciones entre sus simpatizantes.

Hay que tener presente la competencia que existe por los lectores entre el marasmo de periódicos democráticos y republicanos. El precio de las suscripciones iguala al de la cesta de productos básicos en un momento económico duro para los

trabajadores. Cabet decide establecer una única suscripción mensual, más cara y editar un almanaque. La combinación de ambas medidas le permite ampliar la base social, multiplicando su alcance.

Bajo el pretexto de distribuir legalmente un periódico y folletos, los comunistas icarianos crean un movimiento intelectual y político formidable por su cohesión.

Entre 1839 y 1848 Cabet vive sin duda su mejor época. Organiza a sus militantes en círculos concéntricos, donde él está en el mismo centro, ejerciendo un control absoluto que le permite mantener una ortodoxia doctrinal rigurosa aunque no persiga un partido homogéneo.

El mundo de los comunistas icarianos que Cabet organiza es complejo, caracterizado por sus matices, muy marcado por la personalidad de las comunidades que organiza: más o menos masculinas, más o menos familiares o festivas, más místicas o más reivindicativas en función de las historias y tradiciones locales, más igualitarios o más paternalistas según las regiones.

Del total de los icarianos, un tercio están en París. Sin embargo, la presencia física de Cabet en la capital no genera dependencias. Se organizan en 4 o 5 niveles de compromiso y responsabilidad política. Los hombres del primer círculo, casi todos obreros, constituyen el entorno más cercano de Cabet. A fuerza de frecuentarle, de tomar la palabra en público, adquieren nuevas capacidades que potencian su influencia intelectual, moral y política.

Uno de los más célebres entre los trabajadores comunistas es Martin Nadaud. Casi analfabeto cuando conoce a Cabet, lle-

gará a ser colaborador en *Le Populaire* y diputado por Creuse. Será él quien quede al frente del movimiento icariano cuando Cabet parta definitivamente a América. Nadaud será también el autor en 1841 de la carta que circulará entre los obreros de las fábricas de París. El otro gran apoyo de Cabet será el sastre Firmir Favard.

En aquel momento los icarianos no solo son mayoritarios entre los que se llaman a sí mismos comunistas, son también el mayor movimiento demócrata-radical de Europa y el primer partido obrero del continente.

Su forma de organización no se parece ni a los clubs de la revolución francesa ni a la de los partidos socialdemócratas que nacerán con el telégrafo más de veinte años después. Los icarianos se cuentan por suscriptores de *Le Populaire*. Alrededor suya, los redactores forman el núcleo ideológico, los más de mil accionistas -obreros cualificados y urbanitas en su inmensa mayoría- forman la estructura de organización y los suscriptores, más numerosos y menos cualificados, un entorno comprometido de simpatizantes que participan en banquetes y difunden el punto de vista icariano.

El conjunto, que en su capa exterior incluye a los diez mil compradores del *Almanaque icariano*, es diverso, en su mayoría proletariado agrícola y campesinado proletarizado en pequeños pueblos y capitales comarcales, con muchos matices en cada lugar y con liderazgos fuertes en cada ciudad de provincias.

Pero ¿por qué e una organización política como aquella, un impulso comunalista, decidido a algo tan complejo como iniciar una colonización obrera y comunista de América?

La clave está en la presencia masiva de mujeres en el movimiento. *El Viaje a Icaria* ya había tomado la forma de una novela de aventuras para llegar al público femenino obrero. En sus discursos Cabet insiste una y otra vez en la igualdad de derechos entre sexos afirmando la igualdad de sus inteligencias y que las mujeres no existen para estar al servicio de los varones *como una suerte de esclavas del despotismo del hombre*.

Uno de los folletos que se reeditan entonces es *La mujer en la sociedad actual y la mujer en la comunidad*, publicado inicialmente en 1841, en el que se afirma que la mujer es igual al hombre en inteligencia y derechos, que no puede haber subordinación entre los dos sexos, y que el sistema de dominación masculina es pernicioso para toda la sociedad. El principio fundamental de la Comunidad, declara, es la fraternidad ente el hombre y la mujer. La Comunidad, añade, será el paraíso de las mujeres.

Con la incorporación masiva de mujeres el comunismo icariano descubre una nueva forma de actividad política pública: los picnics dominicales. Miles de hombres, mujeres y niños se reúnen en espacios abiertos por toda Francia para comer juntos, cantar, bailar, discutir, elevar cometas, disfrutar de los juegos de campo... Es esa experiencia, esta exaltación de la familia en comunidad, la que hace a la idea de una sociedad organizada como comunidad creíble. Es un pequeño adelanto de la vida comunista, un ejercicio moral.

Es en los picnics donde Icaria deja de ser un modelo literario para convertirse en un sueño cercano. La torpeza de la represión, alentada por la agresividad de los medios conservadores irá poco a poco convirtiendo el *qué bueno sería si tuviésemos una pequeña Icaria en estos momentos*, en una

corriente que quiere dar el salto a la realidad de un Icaria aquí y ahora.

Y las mujeres obreras serán un pilar fundamental en el asentamiento del comunismo. Los icarianos comienzan a sentirse *una gran familia organizada*, son cada vez más los que se sienten *un pueblo* y empiezan a pensar que la emigración para construir su propia *comunidad* es una alternativa más segura que la revolución que se acerca.

¿No ha insistido el mismo Cabet en que su lugar está en lo constructivo más que en la batalla política? Cada vez más se marca la separación entre el deseo de ver Icaria materializada y el sueño, nunca tan satisfactorio, de una *república social* para Francia en la que esperan poder defender la idea de Comunidad libre y abiertamente.

Es este sector el que anima por medio del exiliado polaco Louis Krolkowski a Cabet a retomar su interpretación irreligiosa de las ideas de Jesús de Nazaret como un comunitarismo. Al presentar a Jesús no como una figura divina sino como un líder de los trabajadores, el *Verdadero Cristianismo* causa pánico a los censores y los aparatos de la inteligencia del régimen. Se dan cuenta de que puede ser verdadera pólvora en los barrios obreros.

Pero en realidad no refleja como ellos creen una nueva línea proselitista orientada hacia los trabajadores menos cualificados. Lo que está ocurriendo es que los icarianos de base están impulsando nuevas metáforas. Pocos se atreven a decirlo abiertamente, pero cada vez son más los que ven a Francia como el Egipto bíblico y su futuro como un éxodo encabezado por Cabet.

Cabet y la dirección icariana no quieren transitar ese camino. Rechazan la puesta en marcha de comunidades igualitarias de pequeña escala. El mismo *Viaje a Icaria* condena a los fourieristas y a su propio amigo David Owen con un párrafo contundente:

¡Nada de comunidades parciales, pues el éxito no puede hacer bien y la caída, casi segura, haría siempre mucho mal! ¡Solo proselitismo y siempre proselitismo hasta que la masa adopte la comunidad!

Cabet nunca se decantará abiertamente, de hecho oscilará en los años siguientes para desesperación de sus seguidores tanto en Francia como en América, pero a partir de 1846 comienza a dar vía libre a la publicación de artículos que empiezan a expresar que las *comunidades parciales*, que es como Cabet llama a la organización de una economía igualitaria en pequeña escala, pueden ser *posibles*.

A partir de ahí los argumentos de la corriente que quiere abandonar Europa se despliegan: estas comunidades serían *escuelas para la vida en común* y lejos de competir con el proselitismo en Francia, reforzarían los argumentos de la propaganda política, etc.

Las aguas del Mar Rojo se estaban abriendo. La presión de la policía política sobre un movimiento pacífico y familiar, convertirá el camino abierto en una amplia alameda. En abril Cabet discute con los más cercanos un texto que se anunciará como *la gran confianza*. El 9 de mayo de 1847, será publicada en las páginas finales de *Le Populaire* con el discreto título *Confidence-Remède*, pero se recordará por su llamamiento final, escrito en mayúsculas: *Allons en Icarie!*

La migración icariana era una expresión del rechazo a la revolución de Cabet. Si la revolución estaba fuera del cuadro, ¿qué importa salir del marco del movimiento social que apunta hacia una nueva revolución?

Si no se trata de derribar el sistema sino de acompañar al triunfo de la burguesía para, una vez en una república democrática, comenzar un largo proceso de proselitismo, ¿por qué no fundar directamente una nueva sociedad sobre las nuevas bases comunistas igual que había hecho la burguesía en América con el capitalismo?

La revolución de 1848 enfrentará al comunismo icariano con sus contradicciones. Los comunistas icarianos tendrán la oportunidad de tomar el poder aupados por los obreros armados de París. Lo rechazarán dejando vía libre a su propia represión. El comunismo icariano, como movimiento está muerto a partir de entonces.

Los partidarios de crear colonias mientras tanto, son estafados por el gobierno de Texas que les vende lotes inusables. Empiezan un verdadero *via crucis* de deudas y reasentamientos que acabará, medio siglo después con la agonía de su última comunidad en Corning, Iowa.

El cooperativismo internacionalista

A diferencia de los icarianos franceses, la gran mayoría de las expresiones comunistas de la clase, no se limitaban al sueño de marchar y empezar de cero sin burguesía a la que derrotar. Al contrario, por toda Europa venían formándose cooperativas de trabajo que van a jugar un papel cada vez más importante como cimiento de los movimientos políticos de la clase.

Las cooperativas de trabajo, toleradas como sociedades puramente comerciales, si bien no tienen importancia económica, se convirtieron políticamente en un medio de cimentar al proletariado.

La lucha de clases en Francia, 1850

Cuando en 1866 Marx escribe la famosa Instrucción sobre diversos problemas a los delegados del Consejo Central Provisional, de los nueve puntos que propone, serán aprobados seis. Uno de ellos, el dedicado a las cooperativas.

La Asociación Internacional de los Trabajadores se propone unir, llevando a un mismo cauce, los movimientos espontáneos de la clase obrera, pero, de ninguna manera, dictarle o imponerle cualquier sistema doctrinario. Por eso, el Congreso no debe proclamar uno u otro sistema especial de cooperación, sino que ha de limitarse a la enunciación de algunos principios generales.

1. *Nosotros estimamos que el movimiento cooperativo es una de las fuerzas transformadoras de la sociedad presente, basada en el antagonismo de clases. El gran mérito de este movimiento consiste en mostrar que el sistema actual de subordinación del trabajo al capital, sistema despótico que lleva al pauperismo, puede ser sustituido con un sistema republicano y bienhechor de **asociación de productores libres e iguales**.*
2. *Pero, el movimiento cooperativo, limitado a las formas enanas, las únicas que pueden crear con sus propios esfuerzos los esclavos individuales del trabajo asalariado, jamás podrá transformar la sociedad capitalista. A fin de convertir la producción social en un sistema armónico y vasto de trabajo cooperativo son indispensables **cambios sociales generales, cambios de las condiciones generales de la sociedad**, que sólo pueden lograrse mediante el paso de las fuerzas organizadas de la sociedad, es decir, del poder político, de manos de los capitalistas y propietarios de tierras a manos de los productores mismos.*
3. *Recomendamos a los obreros que se ocupen preferentemente de la **producción cooperativa** [cooperativas de trabajo], y no del **comercio cooperativo** [cooperativas de consumo]. Este último no afecta más que la superficie del actual sistema económico, mientras que la primera socava sus cimientos.*
4. *Recomendamos a todas las sociedades cooperativas que conviertan una parte de sus ingresos comunes en **fondo de propaganda** de sus principios, tanto con el ejemplo, como con la palabra, a saber, contribuyendo al establecimiento de nuevas sociedades cooperativas de producción, a la par con la difusión de su doctrina.*
5. *A fin de evitar la degeneración de las sociedades cooperativas en simples sociedades burguesas por acciones (sociétés par actions), los obreros de cada empresa, independientemente de si están asociados o no, deben **cobrar igual parte de los ingresos**. Podemos*

consentir, a título de compromiso puramente temporal, que los asociados cobren, además, un interés mínimo.

Carlos Marx. Cooperativas en Instrucción sobre diversos problemas a los delegados del Consejo Central Provisional, 1866.

Marx y la Internacional reconocen y apuntalan un movimiento que surge y da continuidad a una tendencia presente ya desde los orígenes de la clase.

Hay un cierto paralelismo entre lo que los sindicatos representan de continuidad y al tiempo, de ruptura con las organizaciones de resistencia de la época gremial¹ y lo que el cooperativismo de trabajo significa en comparación con el comunalismo rural. Se trata en ambos casos de romper con los elementos jerarquizantes, corporativos y particularistas para potenciar a aquellos que impulsan la consciencia de clase, esto es, el reconocimiento de las propias organizaciones como herramientas no de sus miembros sino de la lucha y los objetivos políticos de la clase universal.

Mientras en los sindicatos esto siempre va a ser difícil y, por su propia organización y dinámica, van a estar asociados al crecimiento de las tendencias reformistas, con las cooperativas el alineamiento se producirá por medios esencialmente políticos: los mismos que habían aparecido en las revoluciones del 48, en la Comuna y que, finalmente, Engels había reconocido en el ascenso de la socialdemocracia alemana.

El desarrollo de la actividad social y política del proletariado ha marchado a la par con el auge industrial que siguió a 1848. El papel desempeñado hoy día por los obreros alemanes en sus sindicatos, cooperativas, organizaciones y asambleas políticas, en las

Véanse los primeros capítulos de **Los sindicatos contra la revolución**
<http://marxismo.school/archivo/1960%20Los%20sindicatos%20contra%20la%20Revolucion>.

elecciones y en el llamado Reichstag, demuestra perfectamente por sí sola cuál ha sido la transformación experimentada de un modo imperceptible por Alemania en estos últimos veinte años. Es un gran mérito de los obreros alemanes el haber sido los únicos que han logrado enviar obreros y representantes de los obreros al parlamento, cosa que ni los franceses ni los ingleses han logrado hasta ahora.

Federico Engels. Prefacio a La guerra campesina en Alemania, 1870.

Eso no quiere decir en absoluto que las cooperativas en general, se asociaran con la tendencia revolucionaria. En absoluto. No solo el post-fourierismo en Francia y en España, sino que curas y pastores harán su propia apuesta por el cooperativismo... de consumidores en la ciudad, de propietarios en el campo y con el tiempo... de trabajadores como camino para llegar a sociedades por acciones disfrazadas. Apuestas apoyadas, o con aspiraciones a serlo, desde tiempos de Lassalle, por el estado.

Lo que la Internacional establece es unos mínimos organizativos para mantener el movimiento cooperativo como parte viva del movimiento de la clase. Mínimos que acentúan la dimensión comunalista de la cooperativa

1. Independencia del estado -afirmada una y otra vez frente a Lassalle, el programa de Gotha y los lassallianos- y denuncia de la ilusión reformista en su expresión cooperativa: las cooperativas no van a ganar el control de la economía capitalista y proponérselo sería una ilusión que debilitaría el movimiento.
2. Centro en el cooperativismo de trabajo y no en el de consumo, de natural interclasista -su sujeto son consumidores, no

trabajadores- y ajeno a aquello que resulta transformador -que no revolucionario- en el cooperativismo de trabajo: la gestión obrera de la producción que permite la relación directa con la producción aun bajo el sometimiento a la ley del valor. Experiencia que abre la puerta a la negación de la lógica mercantil en el futuro proceso revolucionario... porque de hecho lleva el conflicto entre necesidades humanas y capital a la cotidianidad consciente.

3. Salarios iguales sin dividendos ni remuneraciones financieras. Es decir, apuntala el lado comunalista del cooperativismo frente a los salarios diferenciales, las jerarquías internas y la aparición de burocracias cooperativas.
4. Conversión del excedente en herramienta de acción política a través de fondos, en principio de promoción del propio cooperativismo, que en la práctica -como ya hemos visto- se utilizarán para financiar cajas de resistencia, huelgas, propaganda, agitación y organizaciones políticas de la clase.

Cualquiera que haya participado en el cooperativismo actual es consciente de la actualidad y vigencia de esos puntos. Poco o nada que ver desde luego con el movimiento cooperativo de hoy... solo que a diferencia de los sindicatos, el movimiento cooperativo de hoy, integrado mayoritariamente en la ACI (Alianza Cooperativa Internacional) no es la continuidad ni la degeneración de la estructura de la IIª Internacional. La ACI se pensó, fundó y desarrolló contra la Internacional y el movimiento político de los trabajadores.

El cooperativismo ACI

En Gran Bretaña, el owenismo había mantenido una cierta agitación hasta 1835, desapareciendo cuando el movimiento de clase empezó a dar sus primeros pasos como movimiento independiente. Sin embargo, la fundación de la Internacional, su peso político y la aparición de la crítica de la Economía Política llevaron a liberales y socialcristianos anglicanos a resucitarlo como respuesta.

Para ellos focalizar en el consumo era una forma de enfrentar la creciente radicalización del movimiento obrero y la *contaminación por ideas continentales*. Empieza una operación ideológica que pondrá los orígenes del cooperativismo en Robert Owens, un filántropo liberal, y datarán el nacimiento del cooperativismo con los pioneros de Rochdale.

La operación no sorprende a la Internacional, que denuncia sus primeros pasos ya en su Manifiesto inaugural, reconociendo el papel pionero de Owen en Gran Bretaña, la importancia de la *perspectiva cooperativa* en el desarrollo de la conciencia de clase de los trabajadores durante la revolución de 1848, pero afirmando también una línea divisoria clara: el cooperativismo como alternativa al movimiento político de clase es una trampa reaccionaria. Si las clases poseedoras y el estado alaban el movimiento mientras se de en un marco

de *neutralidad política* es porque en ese marco solo puede desarrollar su impotencia.

Pero estaba reservado a la Economía política del trabajo el alcanzar un triunfo más completo todavía sobre la Economía política de la propiedad. Nos referimos al movimiento cooperativo, y, sobre todo, a las fábricas cooperativas creadas, sin apoyo alguno, por la iniciativa de algunas manos (hands= trabajadores) audaces. Es imposible exagerar la importancia de estos grandes experimentos sociales que han mostrado con hechos, no con simples argumentos, que la producción en gran escala y al nivel de las exigencias de la ciencia moderna, puede prescindir de la clase de los patronos, que utiliza el trabajo de la clase de las manos; han mostrado también que no es necesario a la producción que los instrumentos de trabajo estén monopolizados como instrumentos de dominación y de explotación contra el trabajador mismo; y han mostrado, por fin, que lo mismo que el trabajo esclavo, lo mismo que el trabajo siervo, el trabajo asalariado no es sino una forma transitoria inferior, destinada a desaparecer ante el trabajo asociado que cumple su tarea con gusto, entusiasmo y alegría. Robert Owen fue quien sembró en Inglaterra las semillas del sistema cooperativo; los experimentos realizados por los obreros en el continente no fueron de hecho más que las consecuencias prácticas de las teorías, no descubiertas, sino proclamadas en voz alta en 1848.

*Al mismo tiempo, la experiencia del período comprendido entre 1848 y 1864 ha probado hasta la evidencia que, por excelente que sea en principio, por útil que se muestre en la práctica, el trabajo cooperativo, limitado estrechamente a los esfuerzos accidentales y particulares de los obreros, no podrá detener jamás el crecimiento en progresión geométrica del monopolio, ni emancipar a las masas, ni aliviar siquiera un poco la carga de sus miserias. **Este es, quizá, el verdadero motivo que ha decidido a algunos aristócratas bien intencionados, a filantrópicos charlatanes burgueses y hasta a economistas agudos, a colmar de repente de elogios nauseabundos al sistema cooperativo, que en vano habían tratado de sofocar en germen, ridiculizándolo como una utopía de soñadores o estigmatizándolo***

como un sacrilegio socialista. Para emancipar a las masas trabajadoras, la cooperación debe alcanzar un desarrollo nacional y, por consecuencia, ser fomentada por medios de escala nacional. Pero los señores de la tierra y los señores del capital se valdrán siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos. Muy lejos de contribuir a la emancipación del trabajo, continuarán oponiéndole todos los obstáculos posibles. Recuérdense las burlas con que lord Palmerston trató de silenciar en la última sesión del parlamento a los defensores del proyecto de ley sobre los derechos de los colonos irlandeses. ¡La Cámara de los Comunes —exclamó— es una Cámara de propietarios territoriales!

La conquista del poder político ha venido a ser, por lo tanto, el gran deber de la clase obrera. Así parece haberlo comprendido ésta, pues en Inglaterra, en Alemania, en Italia y en Francia, se han visto renacer simultáneamente estas aspiraciones y se han hecho esfuerzos simultáneos para reorganizar políticamente el partido de los obreros.

Manifiesto Inaugural de la Asociación Internacional de Trabajadores, 1864.

En 1869 se convoca el I Congreso Cooperativo Británico. Se abre con los inevitables saludos de las personalidades victorianas *progresistas*: John Stuart Mill, Florence Nightingale, John Ruskin... La burguesía liberal quiere mostrar que se toma en serio a los obreros y su obra constructiva: el cooperativismo de consumo. El congreso no solo afirma la centralidad de las cooperativas de consumo, sino su *neutralidad política*. Neutralidad que solo superará en 1917... para poder entrar en el Partido Laborista y reforzar a los sectores sindicalistas opuestos a la revolución de Octubre. El Congreso Cooperativo atraerá a su alrededor a todo el radicalismo democrático heredero de los puritanos: desde el abolicionismo que se presenta como guía para el expansionismo colonial británico, al secularismo

del último owenismo de Holyoake, etc. Mantiene además, relaciones *fraternales* con las primeras expresiones asociativas del cooperativismo europeo y descubre con horror que la formación en 1884 de una confederación cooperativa francesa, comienza con la afirmación del principio de la lucha de clases. Neale -el dirigente con más visión política- se da cuenta de que el modelo británico está cada vez más amenazado de aislamiento. Los lazos con el cooperativismo alemán de consumo, organizado por la iglesia luterana y curtido en la lucha contra la socialdemocracia, son cada vez más fuertes. Está apareciendo además, alentada por la encíclica *Rerum Novarum* (1891) un *cooperativismo amarillo* en los países católicos, testimonial en el mundo obrero, pero prometedor en el agrario.

En 1895, tras muchas dificultades en la convocatoria por su interés en incluir empresas capitalistas clásicas, Neale, Wolff y Holyoake conseguirán realizar la primera asamblea de la Alianza Cooperativa Internacional (ACI o ICA en inglés). Los delegados muestran el aislamiento del social liberalismo y el cooperativismo cristiano: además de Gran Bretaña y Alemania, solo están representadas las colonias británicas: Australia, India e Irlanda y una delegación de ganaderos galeses residentes en Argentina. La ligazón con el protestantismo es en origen clara, y si el segundo congreso da por fin el salto a los países latinos es gracias a Charles Gide, adalid del protestantismo social y co-fundador de la primera cooperativa de consumo francesa.

Bajo la oposición entre cooperativismo de consumo y de producción se transparentaban dos actitudes muy distintas. El cooperativismo de consumo era especialmente atractivo para aquellos segmentos artesanos que se resistían a la proletari-

zación. Reducir costes en las compras será el un último balón de oxígeno del maestro artesano empeñado en retrasar agónicamente su incorporación a la clase trabajadora moderna. Cuando finalmente lo haga e intente salvaguardar su posición intermedia dentro de la fábrica a través del sindicato de oficio, el economato será *exclusivo* y presentado como una actualización de los privilegios del maestro sobre los aprendices. Los destinatarios del modelo son esas capas intermedias en proletarización a las que el Manifiesto declara reaccionarias y a las que el lassa-leanismo y el cristianismo social darán banderas políticas.

En cambio, para el proletariado de origen agrario, que había conservado el recuerdo de las tierras comunales y los trabajos colectivizados, no se planteaba siquiera la posibilidad de resistencia. Ya estaban proletarizados. Solo se podía ir *hacia delante*. Y delante quedaba un nuevo tipo de comunal industrial que la cooperativa obrera de producción materializaba de alguna manera. Entre ellos el cooperativismo de consumo tardará en prender y no lo hará desde abajo, desde la organización de taller, sino desde la organización local socialista, en el marco de las *Casas del Pueblo* y bajo la forma de las *aglomeraciones cooperativas*.

Por eso, el *cooperativismo ACI* solo empezará a tener peso real cuando absorba al cooperativismo amarillo alentado por el Vaticano y sobre todo cuando la contrarrevolución elimine las últimas concentraciones del cooperativismo obrero de tradición internacionalista. La derrota de la Revolución española marcará el punto de no retorno.

A partir de ahí, la ACI volará con las alas prestadas por la reacción y el imperialismo anglo-estadounidense: desde el boom cooperativo católico en Bélgica con sus réplicas en la España

franquista (Mondragón, cajas rurales, etc.) y la Italia rural democristiana, a la internacionalización del cooperativismo de consumo en la América hispanoparlante y el Caribe con la Alianza para las Américas de Kennedy. A resultas de aquello, hoy todo el movimiento cooperativo internacional, es decir el cooperativismo amparado y patrocinado por los estados, está dentro de la ACI y lo que lo define es el inverso exacto del cooperativismo de las Internacionales obreras. ACI es sinónimo de patrocinio y dependencia estatal, primacía del cooperativismo de consumo, profesionalización de la gestión, salarios diferenciales y neutralidad política.

Mientras tanto, en Rusia...

En marzo de 1861 un manifiesto del zar abole la servidumbre en Rusia. El aparato estatal feudal intentaba tomar en sus manos la dirección del desarrollo capitalista. El movimiento revolucionario ruso de la época, que lucha por impulsar una revolución campesina, se separa de los sectores liberales de la aristocracia. Alrededor de las ideas de Herzen -pasar directamente de la comuna campesina al socialismo sin pasar por el capitalismo- se organiza una sociedad secreta, *Tierra y Libertad* que se inspira también en las ideas y textos de un escritor demócrata y ateo fascinado por los textos de Fourier y Owen: Nicolai Chernishevski. Marx y Engels le reconocerán después como el *líder del partido revolucionario*. También la policía política, que en 1862 le detiene y confina en solitario en la prisión de la torre de Pedro y Pablo.

Emprende entonces nada más y nada menos que una crítica de la moral de las clases poseedoras. La forma: una novela. Su título, *Qué hacer*. A través de la construcción de los personajes va enfrentando los tópicos básicos de la pequeña burguesía y el *pragmatismo* de una burguesía que se relame impúdica ante el futuro que el zarismo abre para ella. Chernishevski denuncia la alienación del dinero; relee a Epicuro para entender la felicidad como un producto social y no como una apropiación individual; demole el concepto

de individuo para afirmar que *no hay nada por encima de la persona*, es decir de los seres sociales concretos; epata a los lectores de la época afirmando sin pudor la igualdad entre hombres y mujeres y exigiendo su reconocimiento. Da la pauta a aquellos jóvenes de nuevos roles en su relación con lo político, con lo colectivo, con la familia, con la pareja... y con el trabajo. Porque emerge, imbricándolo todo en la novela, una concepción del trabajo ligada a la perspectiva de una sociedad abundante, organizada en torno a la satisfacción de las necesidades humanas reales, el comunismo, sobre el que anima a sus seguidores:

Aspirad a él, trabajad por él, aproximadlo, trasladad de él al presente todo cuanto podáis.

Es decir, Chernishevski aborda, por primera vez, la afirmación de una moral comunista. El enfoque, en palabras de Kropotkin *fue una especie de revelación y se convirtió en una especie de enseña para la juventud de la época*. Pero no fue solo a ellos. Plejanov le dedicó varios textos, Vera Zasulich recomendó la novela durante años. Y la siguiente generación no se vio menos interpelada. Lenin confesó haberla leído cinco veces seguidas cuando la descubrió. Krupskaja dijo a Lunacharski que difícilmente hubo un autor que el líder bolchevique estimara más. Lenin siempre llevó un ejemplar consigo y confesaba abiertamente que la novela:

Me marcó profundamente. Me acompañó de por vida.

Y no fue distinto con la generación joven de la Revolución del 17. Lili Brik, compañera de Mayakovski, contó después de su muerte que el poeta constantemente volvía a ella porque utilizaba el libro como forma de reflexionar y buscar soluciones

a problemas éticos. La novela, aseguraba la artista, *se hacía eco de nuestras vidas*. No eran, ni mucho menos, los únicos.

Hoy es más recordado el *Qué hacer* de Lenin que el de Chernishevski, aunque sea sabido que el revolucionario eligió en título como una referencia a la novela. Pero, ¿qué referencia? ¿Qué pretendía transmitir Lenin con ella?

No podemos entenderlo sin las detalladas referencias que en la novela aparecen a las experiencias comunitarias y cooperativas de Robert Owen. Y es que el impulso a la moral comunista que dio la novela se tradujo en un amplio movimiento, primero de *comunas residenciales* de estudiantes; luego de *arteles* rurales populistas que acabarían en parte en el tolstoiánismo y en parte el cooperativismo, aunque algunos se convirtieran en empresas privadas; finalmente, desde los años 90, grupos de trabajadores formaron colectividades urbanas, un movimiento que se multiplicaría durante la revolución y que al final de los años 20 -antes de ser prohibidas por Stalin- tomaría la forma de colectividades de producción. Tanto en las colectividades como en las *Comunas residenciales*, los miembros compartían todos los ingresos en un fondo común que satisfacía las necesidades de cada uno. La diferencia es que en los arteles y comunidades de producción los miembros no solo vivían juntos sino que trabajaban juntos -fuera como cooperativa de trabajo o como cuadrilla- mientras que en las *comunas residenciales* los miembros trabajaban en ocupaciones externas y aportaban luego sus salarios e ingresos al fondo común.

La influencia de Chernishevski en la década de 1860 y más allá fue fuerte. Es sabido que los nihilistas buscaron en las páginas de ¿Qué hacer? pistas sobre cómo organizar los arteles y las comunas residenciales. Algunos de los radicales más importantes de la

década de 1870 salieron de un ambiente comunal. Cuando eran arrestados, los revolucionarios a menudo llevaban la idea comunal a la prisión. Los hombres y mujeres de la Colonia Penal de Kara compartían todos los bienes, se leían unos a otros y vivían de acuerdo a una constitución estrictamente escrita.

Richard Stites, Revolutionary Dreams: Utopian Vision and Experimental Life in the Russian Revolution.

En 1890 un joven Lenin que esperaba la autorización para hacer sus exámenes, conoció a Preobajenski cuando éste organizaba arteles en Alakaievka, años después, el núcleo original del *Iskra* formado por el propio Lenin, Martov y Zasulich vivió como *Comuna residencial* en Petrogrado. Y cuando se trasladaron a Londres, el puesto de Lenin -que decidió vivir con su familia porque no soportaba el desorden que acompañaba siempre a Zasulich- fue ocupado por Trotski. Los jóvenes politizados rusos de los años 80 y 90 del siglo XIX adoptarán un cierto modo de vida que hará natural en sus ambientes la dedicación militante.

El *Qué hacer* de Chernishevski había servido para llevar a una generación un destello de la moral comunista; los jóvenes de entonces habían transformado su modo de vida de acuerdo a ella, extendiendo un primer movimiento de creación de colectividades y al hacerlo habían creado las bases para la llegada de las ideas y textos del movimiento obrero internacional y la aparición de los primeros grupos marxistas rusos, aun antes de la existencia de un proletariado moderno y masivo en el país.

Colectividades, aglomeraciones y casas del pueblo de la IIª Internacional

Pocos elementos de la historia de la clase están todavía hoy tan presentes entre los trabajadores como el recuerdo de las «Casas del Pueblo» de la IIª Internacional. Fueron la mayor experiencia de organización de grupos militantes de la época, pero sobre todo, representaron un esfuerzo masivo de formación y discusión obrera.

Tomando el ejemplo español los resultados son clarificadores: en ellas nacieron los dos grupos fundadores de la IIIª Internacional en España y la sección más numerosa de la Izquierda Comunista Española. El caso español es especialmente interesante porque permite descubrir el verdadero rostro de la IIª Internacional incluso en un país donde la mayor parte de los sindicatos se alineaban con el anarquismo.

Las Casas del Pueblo españolas nacen de la iniciativa de Antonio García Queijido. García Queijido fue uno de esos pocos militantes que participaron del nacimiento de las tres primeras Internacionales. Tipógrafo, cabeza de la izquierda del PSOE, contrario a la «conjunción» con el republicanismo, internacionalista durante la guerra, fundador y brevemente secretario general de UGT, se convertiría en el primer secretario general del PCE unificado bajo dirección de la Internacional Comunista en 1922.

Aunque la historiografía actual le recuerde sobre todo como el *marxista* a la izquierda de Pablo Iglesias y como director de *La Nueva Era*, la única revista teórica relevante que dio la Internacional en España, en realidad García Queijido fue ante todo un *organizador* y un *educador de muchedumbres* según la expresión de Morato.

Habiendo sido uno de los fundadores y dirigentes de la *Asociación del Arte de Imprimir*, sociedad de tipógrafos de la que surgiría el movimiento internacionalista en España, mantuvo siempre un fuerte activismo cooperativista sobre los lineamientos del Consejo de la Iª Internacional. De ahí y de su conocimiento de primera mano de las primeras Casas del Pueblo belgas, nacería el movimiento español.

El cinco de septiembre de 1897, García Queijido convoca una reunión formal de doce organizaciones obreras. Participan desde el Montepío Obrero -representado por Juan José Morato en la reunión- hasta la asociación de camareros, pasando por el propio Partido Obrero representado por Pablo Iglesias. García Queijido les da, según las actas, *extensas explicaciones sobre el proyecto, haciendo resaltar los magníficos resultados que están dando las Casas del Pueblo en los diferentes países donde ya existen*.

Los historiadores oficiales han querido siempre presentarnos las casas como un contenedor de sindicatos, pero esa ni fue la idea de su promotor ni la realidad hasta muchos años más tarde. El nombre oficial de lo fundado en aquella reunión resulta ya significativo: *Aglomeración Cooperativa Madrileña Casa del Pueblo*.

Los estatutos de la *aglomeración* remarcaban que su objetivo era *Proporcionar a los interesados en ella auxilios benéficos*,

instrucción y cuanto contribuyera a elevar su nivel intelectual y moral o a mejorar su condición material y su fuente de financiación las actividades cooperativizadas, tanto en consumo como de producción. El sueño que expresa el primer plan: llegar a cubrir las necesidades de alimentación, vestido, calefacción, iluminación y asistencia médica de los trabajadores mediante medios cooperativos al tiempo que *la Casa* se establecía como editorial-imprenta, biblioteca-escuela para los trabajadores y sus familias.

La financiación de la puesta en marcha del proyecto se estableció mediante 200 participaciones de las organizaciones obreras, cada una de 250 pts. Era más o menos el jornal de 100 días de trabajo. No era un esfuerzo abrumador para las organizaciones, sería el equivalente hoy de poner una aportación de unos 3.200€. Pero aunque el Montepío y el Partido hicieron aportes, la mayoría de los sindicatos se pusieron de perfil y parece que no se llegó ni siquiera a obtener 50 participaciones.

García Queijido intentó remontar la situación movilizándolo directamente a los trabajadores, cuyos aportes se fijaron en 25pts, el jornal de diez días de trabajo. Esta nueva estrategia, saltándose a las organizaciones, fue mucho más exitosa: 12.000 trabajadores se hicieron socios. Tras esta primera capitalización, en 1899 pidió al Centro Obrero de Madrid -que estaba en la Calle de la Bolsa- que permitiera utilizar sus bajos a la cooperativa para abrir bajo la forma de cooperativas de consumo, una tienda de comestibles y un café, y como obra conjunta de ambas una biblioteca obrera. Inauguraron a toda prisa el 18 de marzo -el 28º aniversario de la Comuna de París.

De este modo, la *aglomeración* comenzó a generar los ingresos estatutarios de 5 pts para sus socios ese mismo año. Tras

la mudanza del Centro Obrero a la calle Relatores, ambas organizaciones se fundieron y la actividad cooperativizada creció. La cooperativa se convirtió entonces en *Cooperativa Socialista Madrileña* con 83 colectividades y 21.000 asociados. Bajo ella, la fuerza creciente de la sociedad de albañiles *El Trabajo*, que acabó imponiendo en 1906 que el Centro Obrero se diera por objetivo comprar un edificio y reformarlo. Este edificio, el palacio del marqués de Béjar, sería finalmente la Casa del Pueblo de la calle Piamonte inaugurada en 1908.

El coste de compra ascendió a 315.000 pesetas de la época, una verdadera fortuna en un momento en el que el jornal de un hombre adulto era de dos pesetas diarias, el de una mujer adulta 1,30 y el de un niño 0,50 pts. El grueso de este dinero saldría de las 83 colectividades *aglomeradas*.

Las dimensiones del esfuerzo y el objetivo del logro, la Casa del Pueblo, ilustran muy bien el papel de las colectividades en la IIª Internacional. El coste de organizar a la clase trabajadora no podía venir de salarios porque los salarios, en el capitalismo, no pueden convertirse en capital. Esta restricción es una parte central del sistema, si fuera al revés no habría una clase expropiada de los medios de producción. Sin esfuerzos como el que llevó a la construcción de la Casa del Pueblo madrileña no hubiera existido una organización masiva de clase.

Y sin la existencia de ese espacio masivo de lo que Trotski llamaría *democracia proletaria*, el movimiento revolucionario en Europa no hubiera podido sostener veinte años de ofensiva desde 1917. De hecho, la marginación de sus expresiones políticas es un producto directo de la destrucción del tejido de clase por el fascismo y el stalinismo a partir de 1921 en Italia, 1933 en Alemania y 1937 en España.

¿En qué consistían estos espacios de democracia obrera contruidos a partir de las colectividades? Las Casas del Pueblo fueron ante todo espacios comunes de lo que entonces era el partido de clase, una mezcla de sociedades obreras, sindicatos, partido con aspiraciones parlamentarias, grupos culturales, agrupaciones educativas y colectividades.

Como todo espacio público, su mera existencia afirmaba un poder. En un único espacio todo el *movimiento obrero consciente* se fundía y compartía conversaciones y actividades, se discutía la prensa y se preparaban luchas. Tomás Meabe las definió como nuestra *base física de propaganda socialista*. Pero el fortalecimiento político de la clase, encontró en las casas del pueblo muchas más herramientas que el espacio en sí mismo, por mucho que éste ayudara a favorecer la coordinación espontánea o enfrentar la atomización. Ahí es donde el partido típico de la IIª Internacional encontró su verdadera función de orientación y dirección de la clase, donde surgieron por primera vez discusiones de ámbito nacional. Una de ellas llevó en 1920 a la transformación simultánea, el mismo día a la misma hora, del 90% de las agrupaciones de las Juventudes en la primera sección española de la Internacional Comunista.

Pero esas conversaciones se producían y tenían un impacto inmediato porque las Casas del Pueblo bullían de vida de una manera a la que no pueden aspirar una *Universidad Popular* ni el centro cultural más activo. El obrero consciente descubría colectivamente la capacidad de su clase a través del conjunto de su actividad militante. Actividad que no se limitaba a participar de las luchas y la reflexión, sino que venía alimentada por la mutualización de cuando podía mutualizarse y la organización de cooperativas de trabajo para cuanto debiera producirse.

Destacaremos dos ejes en esa otra parte de la vida militante -el conocimiento y la salud- para pasar después a los nuevos modos de socialización -el café, las relaciones entre sexos, las pequeñas ceremonias cotidianas, las excursiones culturales y propagandísticas...- que intentaban expresar la moral comunista que emergía.

Desde los primeros momentos aparecen bibliotecas, algunas de ellas con *sección circulante*, es decir, libros en préstamo que los trabajadores podían llevarse a casa. Toda una novedad en una España en la que solo había bibliotecas públicas en las grandes ciudades y las pocas que había o bien exageraban la ajenidad de los trabajadores o bien les impedían directamente entrar (como sigue haciendo a día de hoy la Biblioteca Nacional española). Primaba, como es lógico, la literatura socialista. Y por Zugazagoitia descubrimos que dentro de ella había no pocas *traducciones anónimas* -dando a entender que no muy buenas- de los grandes autores franceses, italianos y alemanes de la IIª Internacional.

Las bibliotecas eran el centro de una vida propia: maestros dedicados a alfabetizar, grupos esperantistas que enseñaban el nuevo idioma neutral que prometía hacer accesible las publicaciones de todo el mundo... En general la biblioteca servía de atractor y base para todo tipo de actividades educativas. Para adultos en muchos casos, pero cuando se podía también para los hijos de los trabajadores. En Villareal (Badajoz), la escuela de la Casa del Pueblo tenía 300 alumnos, Sama y Turón -en los valles mineros astures- tenían 250 y 200 alumnos respectivamente y otros 200 Chamartín de la Rosa en Madrid. La escuela de la Casa de Mieres sigue activa hoy... como colegio público.

Una de las primeras actividades regulares que aloja la Casa del Pueblo madrileña es la *Escuela de Tipógrafos*, una escuela obrera iniciativa de *El Arte de Imprimir* a instancias de García Quejido que empezará a dar clases desde 1904. En el primer curso se estudia Gramática -que incluye la Sintaxis-, se hacen ejercicios de Ortografía y se aprende a leer manuscritos. En el segundo se insiste con la Gramática, es decir la estructuración correcta y comprensible de los textos, compaginándola con prácticas en las rotativas socialistas. Y el tercer curso, junto a las reglas para la corrección de pruebas, se dan nociones de griego y latín, así como rudimentos de lenguas anglosajonas.

Nacida de *El Arte de Imprimir*, una sociedad obrera que originalmente había tenido talleres cooperativos propios, el programa de la Escuela es muy significativo porque, aunque con una orientación evidente hacia la composición de textos en imprenta, su centro no es realmente profesional sino que refleja el ideal del *obrero cultivado* que propagaba el *proletariado consciente* organizado en el PSOE... al tiempo que crea la base para nuevas colectividades que impulsaba para mantener su independencia.

Los salones de actos eran teatros preparados para grandes mítines partidarios que se usaban también para representaciones teatrales, música y cine. El de Madrid, el mayor de ellos, tenía cabida para 4.000 personas, el de Vigo 2.000, Palma y Salamanca 1000, Gallarta y Tarazona de la Mancha 800, Oviedo y Mieres 500... Grupos especializados, como la *Asociación Artístico Socialista de la Casa del Pueblo de Madrid*, movida por una reflexión cercana a lo mejorcito del movimiento *Arts & Crafts*, se encargaban de dinamizar los espacios y alentar la formación de grupos teatrales y orfeones como el de Madrid o Bilbao, que fue el primero en publicar un cancionero del movimiento obrero.

La creación desde 1903 de cooperativas de consumo junto a las de producción -un movimiento que comenzó en Manlleu y Bilbao- fue pronto seguida por el mutualismo de Salud. Seguramente fue la prioridad de muchas de las Casas del Pueblo de la época, pues consultorios, médicos e incluso quirófanos aparecen en muchos casos casi inmediatamente tras la creación de seguros de baja laboral. Estos seguros no cubrían las bajas producto de reyertas particulares -aunque si las bajas resultado de heridas sufridas a causa de la represión estatal- ni por alcoholismo. Cubrían a toda la familia, formando aunque hoy se olvide, la primera red de asistencia ginecológica y ayuda al parto existente en España. La asistencia sanitaria se acompañó con mutuas farmacéuticas que organizaban dispensarios en las propias sedes o pactaban precios con boticarios. El mutualismo supuso por primera vez el acceso de los trabajadores a algo minimamente parecido a un sistema de salud y en muchísimos casos simplemente a la asistencia sanitaria.

Se alineaba con todo un conjunto de actividades que surgían espontáneamente de las necesidades de los trabajadores al acceder al conocimiento científico básico por primera vez: dietas sanas con productos garantizados por el economato, cultura del consumo moderado de alcohol -el café vs la taberna-, las primeras conferencias y programas de salud sexual y anticoncepción...

El conjunto es de una coherencia extraordinaria: la asistencia sanitaria y el cambio de modo de vida van de la mano. Autores de la época señalan ya entonces que entre los obreros socialistas se guardan normas de higiene, el alcoholismo es sensiblemente menor y la esperanza de vida más alta.

El nacimiento de la kvutza en Palestina

Palestina en 1905 está dividida entre varias unidades administrativas menores del imperio otomano. Son inexistentes las comunicaciones e infraestructuras modernas, el atraso es brutal, el gobierno es todo lo corrupto que se puede imaginar y cada vez más campos son abandonados por la inseguridad o la dificultad para hacerlos mínimamente provechosos. La población musulmana, de medio millón de personas, es mayoritaria. Solo 25.000 de más de un millón de refugiados judíos que han huido de las masacres desde el Este europeo, se han asentado en la región.

El proyecto nacionalista que alienta a los que emigran a Palestina pasa por crear una nueva clase de labriegos y agricultores independientes. Son en su mayoría pequeños campesinos y artesanos. Las explotaciones son financiadas en su mayoría por la Asociación Colonizadora Judía (ACJ) dedicada a crear granjas para los refugiados en Argentina, Canadá, Turquía y muchos otros lugares, y el Fondo Nacional Judío, fundado cuatro años antes. Pero hasta 1920, estas organizaciones solo comprarán tierras baldías o abandonadas por los latifundistas locales.

El patrimonio comprado con estos fondos no es más que una colección de pedregales, pantanos y secarrales de difícil

provecho. Las granjas se sostienen gracias a continuas refinanciaciones con donaciones internacionales y para colmo, el tipo de cultivo financiado por los administradores de los fondos -en su mayoría frutales y vides- exige la contratación de mano de obra -tanto judía como musulmana- en unas condiciones que escandalizan al pequeño movimiento de trabajadores judíos organizados.

Este germinal movimiento obrero se verá reforzado por la llegada de una nueva oleada de emigrantes (*la segunda aliyah*) que huye de los pogromos en Rusia y de la represión que siguió a la revolución de 1905. Los recién llegados traían consigo convicciones socialistas y experiencia revolucionaria.

Los más jóvenes se integran en las primeras *granjas preparatorias* de la ACJ. El objetivo de estas instalaciones es enseñarles los trabajos propios del jornalero y el peón de estancia al tiempo que se aclimatan a la región. Comparten casas y de forma espontánea ponen los ingresos en común. Les empiezan a llamar *comunas*. Emerge entre ellos un sentimiento de fraternidad azuzado por la dureza del trabajo y la vocación de convertirse en *conquistadores de tierra*, es decir, los que al limpiar pedregales y preparar las tierras para el cultivo, hacen posible su colonización posterior.

Pero son muy críticos. Les disgusta el carácter que están tomando los asentamientos judíos, su dependencia de la ayuda internacional y la vigilancia constante de los gestores. Los roces de los trabajadores con la administración del movimiento sionista y con los colonos se hacen cada vez más frecuentes. Los propietarios judíos no quieren contratar obreros judíos, que vienen con la experiencia revolucionaria rusa a las espaldas, e incitan nuevas migraciones de trabajadores árabes

desde Egipto para pagar menos y no verse contestados. Los jóvenes obreros judíos se dan cuenta de que antes de *conquistar la tierra* frente al abandono tienen que *conquistar el trabajo* que los pequeños propietarios sionistas les niegan.

Estos grupos y *comunidades*, formadas en su mayoría por chicos y chicas apenas adolescentes, proponen ser tratados como cuadrillas, que se les considere una unidades autónomas de trabajo, *kvutzot* (plural de *kvutza*, cuadrilla), y que se les contrate como tal para desbrozar y desmenujar como proveedores externos.

Poco a poco va tomando forma la idea de convertirse en cooperativas obreras para conquistar el trabajo. No era inocente. La primera militante en enunciarlo abiertamente, Manya Willshevitz, *Shohat*, se había formado en el partido eserista, el heredero de la tradición campesina revolucionaria rusa, y pensaba que el futuro pasaba por crear colonias agrarias igualitarias bajo el modelo de la ansiada transformación de la comuna rural rusa que habían discutido Vera Zasulich y Marx en su famosa correspondencia. Pero esta idea en ese momento era poco menos que herética, tanto para los partidos obreros judíos -que pensaban que una colonización obrera generaría pequeños capitalistas rurales en vez de un proletariado agrario- como para el movimiento sionista -convencido de que el futuro pasaba por una amplia clase de labriegos independientes y comerciantes y no por *experimentos socializantes*.

Para 1908 la situación de la colonización agraria es motivo de desesperación para casi todos. Las condiciones de trabajo son durísimas, las condiciones higiénicas lamentables, las canalizaciones de agua precarias, los ataques de bandidos

beduinos -que ya habían llevado al abandono de no pocos pueblos árabes- se cobran cada vez más víctimas, las enfermedades y la mala alimentación diezman a colonos y trabajadores. Cunde el desánimo y se multiplican las deserciones.

Ese mismo año encontramos un grupo de tres amigos. Tienen todos dieciocho años y todos son varones. Van por los asentamientos judíos realizando trabajos como temporeros. Los colonos judíos no quieren contratarles, prefieren contratar a jornaleros árabes, campesinos pobres sin experiencia de lucha ni tradiciones reivindicativas, así que su situación económica es dura y lo que ingresan no llega para comer regularmente. De forma espontánea comienzan a vivir juntos y poner sus salarios en común. Se les unen otros tres de la misma edad y similar contexto ideológico. Tienen problemas con los gestores del asentamiento en el que trabajan y en Hadera -uno de los asentamientos agrícolas- organizan una huelga que pondrá el foco sobre ellos.

Se trasladan de asentamiento y se les une otro grupo más -dos chicos y dos chicas- que también venía de ese *compartirlo todo* empujado por la necesidad material. Empiezan a generar atención. Les llaman la *comuna de Hadera* y ellos mismos empiezan a darse cuenta de que su modo de vida, compartiendo y decidiendo todo entre todos, no solo les permite vivir mejor y resistir a un entorno laboral hostil sino que se están creando unos lazos afectivos que en un entorno tan duro les permiten ser mucho más resistentes. Se comienzan a vender como un grupo de trabajo de *élite* preparado para los trabajos más duros y se ofrecen, ya como cuadrilla, para labores de pionero en terrenos lejanos y adversos: desempear y desbrozar, construir las infraestructuras básicas, hacer la primera siembra.

En 1910 consiguen ser contratados por primera vez como grupo -aunque formalmente solo figuren los varones en el contrato- para preparar unos terrenos en una zona insalubre, Um Juni, atestada de malaria, junto al lago Kinneret (el Tiberiades de la Biblia). Marchan todos -también las mujeres- porque separan claramente su propia organización, la cuadrilla o *kvutza*, del contrato que les liga al FNJ, propietario de las tierras. Legalmente, para poder habitar el lugar, ellas figuran como empleadas de ellos. Llegan el 28 de octubre y se asientan en tiendas de campaña.

Pronto aparece la primera institución: la reunión nocturna tras el trabajo donde todos discuten de todo, reflexionan sobre lo que están viviendo y organizan las cuestiones prácticas, *al modo de una reunión familiar más que al de un comité ejecutivo*.

Cuando la administración intenta desplazarles a un nuevo asentamiento en el que tendrían que fundirse con otro equipo y someter su trabajo a ingenieros agrónomos contratados por los inversores, se rebelan: no les importa cambiar de terreno, pero para que una comunidad funcione y pueda desarrollar el tipo de pedidos que les exigen, aseguran, es fundamental tener una autonomía total sobre su propia organización.

Para la época y sus escalas, los doce de *Um Jumi* no son más que una pequeña cuadrilla de trabajadores, pero son conscientes de que son otra cosa y lo hacen valer tratando de tú a tú al mismísimo Fondo Nacional Judío y sus gerentes. Un nuevo administrador -Ruppin un gerente excepcionalmente abierto e inteligente- negocia con ellos: cede en todo pero a cambio de que -con un crédito del propio FNJ- dejen las tiendas y creen los primeros edificios.

A los comuneros les da miedo, son trabajadores, un grupo de trabajo de vanguardia, no quieren convertirse en campesinos. Tras largos debates, finalmente deciden aceptar pero dejando claro que son una cooperativa de trabajadores. Se quedan en Um Jumi. Le cambian el nombre por *Degania*, espiquilla en hebreo, la flor del trigo. Es el 26 de julio de 1910. La decisión de permanecer y convertirse en trabajadores agrarios se materializa pronto en la primera boda.

Compran la primera vaca en las montañas del Golan. Miriam Baratz, que venía desde la época de la comuna de Hadera dedicándose a la cocina y la limpieza, solicita trabajar haciéndose cargo de ella. Es una idea atrevida. Hasta entonces las mujeres -a las que el FNJ no acepta como miembros remunerados de la cuadrilla- no participan de los trabajos productivos. Se rechaza. Miriam se hace amiga de una mujer de un pueblo cercano. Ella le enseña a ordeñar, hacer mantequilla y cuidar las vacas. Una noche ordeña y hace el trabajo antes de que se levante nadie. Cuando lo hacen la leche está ya hervida y lista para el desayuno. La asamblea de la kvutza, asume el error y declara el derecho al trabajo productivo de las mujeres.

Las condiciones son durísimas: buena parte de ellos tiene malaria y es habitual trabajar hasta desfallecer. Pero para finales de 1912 tienen ya excedentes y comienzan a devolver los créditos recibidos para comprar herramientas, semillas y materiales de construcción. Ya hay un niño, lo que obliga a una reflexión. Las dos mujeres exigen igualdad en la participación en el trabajo, no estar recluidas en las actividades domésticas y los trabajos más ligeros. El resultado será el primer modelo comunitario pleno: los niños se consideran responsabilidad colectiva, las parejas -y sus eventuales hijos- tendrán espacios -habitaciones primero, casitas des-

pués- y tiempos propios, pero las comidas seguirán siendo colectivas. No se ve en ningún momento oposición entre las familias que están surgiendo y la comunidad. Al revés, como dice Miriam Baratz

Es importante crear una célula familiar (...) y desde ahí ir al comedor comunitario para llevar el espíritu de la pequeña familia a la gran familia.

Más importante y más revolucionario aun para la época: la igualdad en el trabajo de las mujeres les obliga a incorporar al modelo dos innovaciones radicales: el trabajo doméstico pasa a ser también responsabilidad de los varones y la producción se diversifica para requerir menos intensidad física con nuevos cultivos de regadío y olivos, gallinas, una lechería, un huerto y pronto miel. Descubren que más igualdad entre las tareas y responsabilidades de los miembros les lleva a una mayor productividad física del trabajo.

Pero el terreno con el que cuentan y la ambición de ponerlo a producir, genera una contradicción. Tienen que contratar trabajadores temporales. Más de 58 en algún momento del primer año. A los que llegan les ven como miembros potenciales, les dan voz en las asambleas y les ponen las cosas fáciles para quedarse.

Para 1914 son ya 84 adultos viviendo en Degania, 40 como miembros. Pero los comuneros todavía no acaban de afirmar frente a los nuevos que lo que realmente les define es *compartirlo todo*. Los fundadores y sus familias siguen teniendo solo un fondo común, los nuevos tendrán un salario propio al margen de que el fondo pague los gastos comunes. Es un error y no tardarán en descubrirlo. La extraordinaria fuerza de la

organización comunal productiva nace de la desmercantilización de sus relaciones internas, todo lo que apunte a permitir una relación individual entre el capital/mercado y los trabajadores tomados uno a uno, dinamita la *democracia obrera* y acaba destruyendo el *a cada cual según sus necesidades*.

El crecimiento, además, les lleva a crear nuevas instituciones que sustituyen a la reunión diaria en la mesa de comedor: un comité ejecutivo y una asamblea semanal. Los propios fundadores se sienten incómodos y reducirán los poderes del comité al mínimo. La crisis que supone la primera guerra mundial -con cientos de refugiados llegando a Degania- les llevará a renunciar a todo el bienestar duramente conquistado y volver a dietas de supervivencia para poder crear servicios públicos (comedores, orfanatos, etc.) para los que llegan.

A pesar de las carencias, en 1915 tienen todavía energía como para invertir parte del magro presupuesto en contratar a un profesor de hebreo para poner en marcha todo un programa cultural -desde lecturas colectivas a coros- articulado por la adopción de la nueva lengua, un terreno neutro que permite trabajar y discutir en pie de igualdad con las docenas de recién llegados que empiezan a colaborar en el trabajo.

Pero para febrero de 1917 el crecimiento por pura empatía y el disgusto de fondo de los fundadores con las nuevas instituciones pasa factura. Uno de ellos, Tanjum Tanfilov, dice en la asamblea:

La vida en común fue nuestro primer objetivo con nuestra llegada a Um Jumi. Nuestra misión era la expansión de la granja y nunca pensamos que esa expansión pudiera dañar la armonía de la kvutza. No pensamos que los trabajadores temporales viviendo con nosotros no sintieran familiaridad espiritual con nosotros.

El espíritu integrador le llevará a proponer, junto a otro de los fundadores, Joseph Bussel, un nuevo cambio productivo para poder dar trabajo igual a todos en la espera de que cambiando las condiciones materiales cotidianas, las afinidades se formen.

Para ellos la integración y el sentimiento comunitario están por encima y determinan el curso del desarrollo económico por el que optan. Pero las cosas simplemente no son así. Los nuevos miembros no sienten y viven el metabolismo económico como propio... porque no lo es: son asalariados. Aunque la comunidad no quiera actuar frente a ellos como capitalista, lo es. En la misma lógica, los fundadores empiezan una nueva revolución en marzo de 1919: proponen una bajada de salarios -que solo ellos seguían poniendo en común- para comprar al FNJ la propiedad de las tierras. El objetivo: que la combinación de propiedad e ingresos variables en función de los resultados empujara una integración mayor.

Nuevo error. Los cambios y la cooperativización de la propiedad no funcionan. En 1919 las asociaciones de trabajadores han diseñado un nuevo tipo de asentamiento *para todo el mundo*: la *moshava*, cooperativas agrarias sin aspiraciones comunales. La fórmula se parece en realidad a la de las ecoaldeas actuales: una cooperativa que pone en trabajo las tierras, crea unas infraestructuras mínimas y después las lotea entre los socios que se transforman en propietarios individuales de una determinada parcela. Si la kvutza utiliza la comunalización para defender su naturaleza como cuadrilla de trabajadores, la moshava utiliza el cooperativismo como mecanismo para crear pequeña burguesía agraria. El plan lo apoyan el FNJ y *Hapoel Hatzair*, el partido socialdemócrata judío del que son miembros buena parte de los fundadores de Degania.

Comienza a llegar una nueva oleada migratoria y nadie considera ya la kvutza un modelo escalable. Cinco familias de Degania, incluida la familia Dayan, una de las fundadoras, se ofrecen para iniciar el proyecto. Bussel les pide que marchen cuanto antes para no desestabilizar aun más la kvutza. La ruptura en el centro mismo del proyecto con la aceptación de la derrota por los Dayan, deja el corazón roto a los que quedan. Las cartas cruzadas entre Shmuel Dayan y Tajum Tanfilov son conmovedoras. Bussel mantiene el ánimo haciendo de tripas corazón y lanza una nueva reforma para retornar al *espíritu original, un reinicio*.

El reinicio significa, por fin, una reducción del número de miembros a aquellos que de verdad están por compartirlo todo. Solo quedarán 25 adultos -13 de ellos mujeres. En consecuencia se reducen las tierras cultivadas y se diversifica aun más la producción. Por primera vez se hace consciente que el centro y el objetivo del trabajo no es cultivar más tierra ni dar cabida al mayor número posible de personas, sino mantener y desarrollar un régimen comunal de trabajo colectivo basado en relaciones no mercantilizadas entre los trabajadores. El objetivo principal de la comunidad, entendida como espacio social libre, por no mercantil, es la comunidad misma. Su autonomía productiva es condición para todo lo que pueda venir después. Estamos ya en 1920.

No tratarán de integrar en la comunidad a los nuevos grupos de emigrantes que llegan desde Europa. Dos de los que llegan ese mismo año, se convertirán en *kvutzot* (plural de *kvutza*) independientes -*Degania Bet* y *Degania Gimmel*- aunque se establecerán en las cercanías y usarán los sistemas de regadío, las herramientas, recursos y servicios de Degania.

La idea de crecer como una confederación de kvutzot empieza a flotar en el ambiente. Para 1922 Degania ha pasado de 23 a 35 miembros, pero el número total de kvutzot ha pasado de tres a ocho. Es necesario hacer un modelo explícito para evitar que las comunidades recién formadas repitan los mismos errores de Degania en la construcción de una vida comunitaria sostenible.

La economía comunitaria se está reponiendo, para 1923 ya han conseguido pagar todas las deudas generadas por la situación excepcional de la guerra. Degania se ha convertido en el modelo de una nueva cultura secular judía, que al mismo tiempo que conserva fiestas y celebraciones y honra una nueva forma de relación con la Naturaleza a través del trabajo, es completamente ajena a la práctica del culto religioso.

La respuesta a las preguntas sobre el rumbo a seguir parece obvia, declararse comuna abiertamente y superar de una vez la división entre cuentas y salarios particulares para los *nuevos* y fondo comunal para *los viejos*.

La argumentación toma un cariz económico porque es verdad que la comunalización tiene un efecto inmediato sobre la capacidad de resistencia y a los deganianos les sigue dando vergüenza postular abiertamente un modelo basado en algo difícilmente escalable o universalizable. Baratz en principio se opone, no quiere que parezca que se declaran comuna *por los dólares y los céntimos*, como un *producto de la necesidad*. Las heridas de la ruptura del 19 duelen todavía.

Pero la comunalización pasa finalmente a ser explícita. Para 1923 los que están en Degania son los que realmente quieren el modelo comunal, la comunidad de verdad, desmercan-

tilizada en su interior, unida por lazos interpersonales, donde todos cuidan de todos, todo se decide por consenso y todo se comparte: el trabajo y su producto, el consumo y el ahorro. Para entonces, el modelo comunal ya no es visto como utópico, irrealizable y solo para unos pocos.

El movimiento comunalista en la Revolución Rusa

Como vimos antes, desde Chernishevski el comunalismo se había extendido como un modo de vida de la oposición radical rusa al zarismo. Tanto en los cuadros eseristas y mencheviques de izquierda como entre anarquistas y bolcheviques. Sin embargo, los militantes representaban en eso solo una parte, la más visible quizá, pero en realidad solo una parte de una cultura comunitaria común en el proletariado ruso.

El obrero Semen Kanatchikov describe elocuentemente tal comuna de quince trabajadores en una gran habitación, con sus camas anillando una mesa. A la hora de la comida comían de un cuenco común (como en la cabaña del pueblo) y luchaban ritualmente por la carne del fondo. No docenas, sino cientos de miles de trabajadores vivían de esta manera en la generación anterior a la Revolución.

Revolutionary dreams, Richard Stites.

El desarrollo y triunfo de la revolución no podía sino alimentar aun más un movimiento espontáneo que se alimentaba de la experiencia acumulada tanto como de tendencias más profundas en la naturaleza de clase.

Es muy llamativo que aunque la proliferación de comunas de trabajadores arranca desde antes de la revolución de febrero, no se interpretará ni por los bolcheviques ni por sus propios protagonistas como un movimiento propiamente dicho hasta 1921, el año de la NEP (*Nueva Política Económica*). Hay entonces una eclosión de lo que Nadezhda Krupskaya llama entonces comunas obreras jóvenes.

La NEP era un parón, forzado por el estancamiento de la revolución socialista en Europa, de la dinámica de *revolución permanente* de la revolución en Rusia. Congelaba la revolución social, que ya había despuntado ocasional y espontáneamente en el comunismo de guerra, bajo lo que Lenin definió como un capitalismo de estado bajo condiciones de dictadura del proletariado.

La misma contradicción presente en la fórmula evidencia que la NEP era un intento desesperado por reconstruir un tejido productivo arrasado por la guerra civil y el hambre. Era la única manera de insuflar un poco de vida más a la Revolución y ganar tiempo en espera de su triunfo en las regiones industrializadas de Europa. La descomposición del sistema productivo había desbandado prácticamente al proletariado organizado que había llegado al poder en octubre y vaciado de vida a los soviets. El comunismo se convertirá entonces en el refugio y la forma de expresar en el nuevo marco las tendencias aun vivas hacia la revolución social.

Cuando el stalinismo estaba ya triturando el comunismo industrial en 1931, los médicos del Instituto de Cultura Sanitaria publicaron un estudio sobre las comunas juveniles en las ciudades soviéticas. De las tres tipologías que destacan los historiadores británicos post-mayo 68, que son los que más

han tratado el tema, destacan la de las comunidades donde los miembros trabajan en distintas fábricas y no hay una ligazón directa de la comunidad con ninguna en especial. Son las menos numerosas y las más cercanas a la tradición comunal pre-revolucionaria, en las que conviven la resistencia a la pobreza, los valores comunitarios y el deseo de afirmar una nueva moral comunista. Por lo mismo, son las menos interesantes aunque fueran parte de la normalidad de la NEP.

Nunca en la historia una sociedad o una revolución produjo tal comunismo masivo. Cientos de comunas urbanas, miles de rurales y decenas de miles de comunas de trabajo brotaron en la inmensidad de la tierra rusa en forma de falansterios, apartamentos tallados en el espacio abierto, tiendas y cuarteles plantados al lado de grandes fábricas de acero y centrales eléctricas. El comunismo era el principal lugar de la utopía revolucionaria, el punto en el que convergieron muchas otras corrientes, donde la bandera de la igualdad ondeaba de forma más visible y honesta. [...]

Un imaginativo grupo de trabajadores -sin duda inspirado en los principios del artel- consistía en cinco trabajadores que mantenían cuatro puestos de trabajo mientras uno de ellos rotaba en las tareas domésticas. Una comuna de Leningrado de trabajadores de tres fábricas famosas (Skorokhod, Triángulo Rojo y Putilov Rojo) estableció su comuna en una sinagoga cerrada.

Las comunas residenciales urbanas de los trabajadores no se limitaban en absoluto a las dos capitales (los datos incompletos registran sesenta de ellas en 1930), aunque el material sobre ellas en otros lugares es menos abundante. En la lejana Nizhny Tagil, en los Urales, dos jóvenes komsomoles fundaron en 1930 una comuna con diez familias en una casa de dos pisos que antes pertenecía a un comerciante. Cada miembro estaba obligado a participar en la actividad pública de la ciudad o del lugar de trabajo.

Revolutionary dreams, Richard Stites

Los doctores soviéticos sin embargo destacaban en el momento las comunas de producción en las que los miembros trabajaban juntos en una fábrica y ponían en común los salarios, redistribuyéndolos según los casos a partes iguales, según la tradición cooperativa obrera o *en función de las necesidades*, según la lógica comunal-comunista desde tiempos de Cabet. Agregan que el número de estas comunas en las que los trabajadores viven compartiendo edificios o plantas de ellos que arreglan según sus necesidades es mayor que el de las comunas en las que los trabajadores han mantenido sus propias viviendas.

En 1921 había 865 en Moscú y 242 en Jarkov. Según un historiador de la arquitectura, tenían cocinas comunes, comedores, jardines de infancia, guarderías, rincones rojos, salas de lectura y lavanderías. Una comuna de Petrogrado en 1919 tenía 230 miembros, y una comuna de trabajadores en las Obras del Arsenal de Kiev, 80, aunque eran atípicamente grandes. Bajo el comunismo de guerra, incluso aquellos que no vivían en comunas podían beneficiarse de la alimentación pública (y a menudo gratuita) en una red de cafeterías abiertas por el Estado.

El comedor, la lavandería, la cocina y la habitación de los niños proporcionaban el marco comunitario. Cada familia tenía su propia habitación, pero no se permitía llevar comida a ella. Todas las mujeres trabajaban, pero una niñera y una cocinera eran contratadas para el trabajo doméstico. A los huéspedes se les permitía quedarse gratis. Los comuneros juntaban sus salarios, se reunían a la hora de comer y por las noches para discutir. Esta comuna sufrió los golpes de la reasignación masiva de trabajadores en 1932 y no sobrevivió. Fue una de las muchas que desaparecieron en el frenesí del plan quinquenal.

Revolutionary dreams, Richard Stites

Otra expresión importante de las tendencias comunales durante el retroceso de la revolución fue la aparición de colectivos de producción, similares en todo al modelo del que hemos visto surgir a Degania. Su argumentario enfrentaba las tendencias de la NEP con la reivindicación de salarios socialistas. Tanto Stites en el libro citado como Andy Willimot en *Living the Revolution* (2018), citan numerosas declaraciones de sus miembros que afirman que su objetivo es implantar la forma comunista de trabajo.

Compartiendo los salarios por igual, nos acercamos a nuestros camaradas. Nuestro objetivo... es una vida común basada en los principios comunistas

Los colectivos formaron una amplia red de colaboración y trabajo asociado que al parecer **llegó a agrupar a 134.030 cuadrillas y comunas**. Como unos años antes en Palestina, se consideraban a sí mismos *trabajadores de choque*, pero se concentraban en el metal y el textil, el corazón de la industria rusa del momento.

Estos colectivos expresarán en la segunda mitad de los años veinte, la resistencia social y política a la NEP de una parte importante del proletariado militante ruso. En un entorno de creciente represión de tendencias y acallamiento de las huelgas, los colectivos mantendrán su legitimidad soviética gracias a sus *impresionantes registros de productividad*, y no renunciarán a las *actividades de mejora de las habilidades y de concienciación* de los trabajadores hasta que el stalinismo los enfrente directamente. Cuando lo haga, tendrá que encararlos ideológicamente también, atacando sin pudor el supuesto carácter nocivo de su *igualitarismo*. Con la primera represión y deportación masiva de decenas de miles de miembros de la Oposición de Izquierda a partir de 1929, comienza también el ataque a los colectivos. Para 1931-32 ya no quedará prácticamente ninguno.

El cooperativismo en la IIIª Internacional

Volvamos a los comienzos de la NEP. Su primera meta, urgente, es *recuperar la alianza con el campesinado*, es decir, con la pequeña burguesía agraria, para evitar una nueva guerra civil. Tocar la propiedad de la tierra -colectivizar- queda más lejos que nunca. Pero es urgente aumentar la productividad agraria para poder mantener al proletariado de las ciudades. Por eso Lenin, desde los primeros esbozos de la nueva política, dará una gran importancia a las cooperativas de pequeños propietarios, que se hará extensiva, en segundo plano, a las cooperativas de consumo obreras. El tema cobrará tanta importancia que los rusos lo incluirán en el III y IVº Congreso de la Internacional (1921 y 1922), los últimos con Lenin vivo. Al hacerlo, la situación del cooperativismo mundial pasará a primer plano de las discusiones.

Al romperse la IIª Internacional, la mayoría de las cooperativas de consumo en toda Europa había pasado a control de los socialpatriotas, que expulsaban a los comunistas y reafirmaban su control sobre la base de un alineamiento cada vez más fuerte con el *neutralismo* político de la ACI, alimentando las utopías de una transición pacífica, no revolucionaria, hacia el socialismo por la mera extensión del sistema cooperativo. Todo valía. Las cooperativas de trabajo eran otro cantar. En Francia y Alemania la mayoría se había realineado con la

Internacional pero en España la mayoría estaba bajo influencia de la CNT.

La Internacional tomará entonces una posición parecida a la que ha tomado respecto a los sindicatos: formar una Internacional de cooperativistas con cooperativas *rojas* y con las minorías que seguían en las cooperativas bajo control socialdemócrata, intentando *recuperarlas* mediante la creación de células de los partidos comunistas en ellas. La bandera será la ruptura con la ACI, argumentada sobre la crítica de su neutralismo y la lucha por la independencia económica de las cooperativas respecto al estado.

Las tesis y las resoluciones de IIIer Congreso están claramente escritas desde la perspectiva rusa. El encargado de llevar la discusión en el congreso será Nikolay Leonidovich Meshcheriakov. Una muestra más de que el foco del interés del partido ruso en el cooperativismo estaba puesto en las relaciones del campesinado.

Con la producción estatalizada y esperando dar vida a un capitalismo rural bajo vigilancia, las cooperativas agrarias de campesinos independientes pasaban a ser una forma de aumentar su productividad separando al campesino independiente del propietario enriquecido, el *kulak*. Por su lado, las cooperativas de consumo eran una de las pocas expresiones posibles del proletariado bajo la NEP. Y las cooperativas de producción quedaban para agrupar al artesanado independiente, como herramienta para culminar su *industrialización*, una etapa que había quedado ya muy atrás en Europa Occidental, incluso en España y Portugal.

Esta división de funciones será tal cual la que inspire el esquema de las tesis y resoluciones de la Internacional. Con

dos añadidos importantes. El primero, la aspiración a que las cooperativas de consumo rompan el bloqueo económico y se conviertan en socios del estado ruso. El segundo, empujar a las cooperativas a integrarse y coordinarse con los sindicatos. La combinación era explosiva. Pretendía reforzar la oposición en los sindicatos y la capacidad de difusión de la propaganda revolucionaria en el contexto de lo que estaba pasando, por un lado en Rusia, y por otro, en los sindicatos europeos. El llamamiento acababa de animar a los restos de la burocracia socialdemócrata -que en parte, como en España o Italia, o en bloque, como en Francia, había pasado a los nuevos partidos comunistas- a fundirse con la estructura sindical en su país y coordinarse con la burocracia naciente del estado ruso.

Finalmente la Internacional queda encargada de crear una sección de cooperativas para poner en práctica el programa. El modelo será el de la Internacional Sindical Roja, del que se considera un complemento y un apoyo financiero natural. Se convoca entonces una *Conferencia Internacional de Cooperadores Comunistas* en Moscú que se reunirá durante los seis días anteriores al IVº Congreso y elevará sus conclusiones a la Internacional Comunista.

Llegados al IVº Congreso, Meshcheriakov lee la propuesta de resolución redactada por el secretariado de la Internacional. La centralidad de las cooperativas de consumo y la reducción de las cooperativas europeas a financiadoras queda clara desde los primeros párrafos.

Durante los últimos años que precedieron a la guerra mundial y aún más durante esta guerra, la cooperación adquirió en casi todos los países un fuerte impulso y atrajo a sus filas a amplias masas de obreros y campesinos. La ofensiva casi universal lanza-

da por el capital obliga a los obreros, y sobre todo a las obreras, a apreciar aún más la ayuda que puede prestarles la cooperación de consumo.

Los viejos jefes social-reformistas han comprendido después de mucho tiempo la importancia de la cooperación para el logro de los objetivos que persiguen. Se han instalado en las organizaciones cooperativas y desde allí envenenan la conciencia de las masas obreras, perturbando el ánimo y la actividad de los obreros que poseen espíritu revolucionario. Por otra parte, los partidos socialdemócratas que tienen en sus manos la dirección del movimiento cooperativo, sacan en ciertos países de las cajas de las cooperativas los recursos materiales necesarios para el sostenimiento de su partido. Bajo la máscara de la neutralidad política, apoyan a la burguesía y su política imperialista.

A partir de ahí, la resolución se centra en cómo ganar la dirección organizativa de las cooperativas creando células comunistas y utilizando la táctica del frente único. Objetivo: tomar el mando del aparato financiero que representan las cooperativas de consumo europeas y comenzar cuanto antes a ponerlo al servicio de las necesidades de las luchas: socorro a represaliados, parados y despedidos, pago de propaganda, etc.

El liderazgo del debate lo toman dos delegados franceses. Por un lado Henriot, que venía del anarquismo, dirigía una cooperativa de consumo y que luego fue expulsado por resistir al zinovietismo. Por la izquierda, Lauridan, que en aquel congreso estaba apoyado por Rosmer en las discusiones sobre sindicatos. Como Rosmer, Lauridan venía del sindicalismo revolucionario. Se le consideraba la figura en ascenso de la izquierda del PCF, pero al volver del congreso sería expulsado en una de las infinitas guerras sucias del partido francés. Descalificado como amigo de la policía, sufrió un ostracismo casi total que le llevó a exiliarse de su región humillado y resen-

tido. Reaparecería unos años después en el primer fascismo galo y acabaría como colaborador de Vichy.

Los problemas internos franceses sobrevolarán la discusión haciendo a Henriot tomar posiciones a veces contradictorias y casi siempre muy reticentes al cooperativismo en sí mismo, ya que lo interpreta una y otra vez como inseparable de las posiciones armonistas del cooperativismo de consumo de Charles Gide.

Lauridan parece entender que las cooperativas son herramientas del conjunto del movimiento y cuenta con no pocos ejemplos cómo en ese momento están jugando un papel determinante en el desarrollo del movimiento comunista.

Debemos dirigirnos hacia el objetivo de que las cooperativas provean de un refugio al proletariado en lucha y sobre todo que lo abastezcan. En el Norte de Francia, todas las cooperativas han fundado casas del pueblo para las organizaciones obreras. Distribuyen subsidios a los huelguistas y desempleados. Muchas cooperativas ofrecen al partido apoyo financiero directo o indirecto.

Podemos expresarlo a través de una fórmula sencilla: hoy las cooperativas deben ser el sostén del partido; mañana serán un sostén de la dictadura del poder proletario.

Pero conforme la discusión desbroza los aderezos retóricos, queda claro que para él lo que cuenta es la utilidad financiera de las cooperativas para el partido. La respuesta de Henriot que declara *no ser partidario de las cooperativas* pone en evidencia no solo el simplismo de Lauridan, sino también su propia incomprensión del cooperativismo como una parte del movimiento de clase.

Una asamblea de miembros [de una cooperativa] que aprueba gastar en propaganda comunista, puede con la misma facilidad aprobar dinero para propaganda reformista.

Pero lo más llamativo es que, como la Conferencia, confunde e iguala las cooperativas de trabajo con las cooperativas de *productores*, es decir, de pequeña burguesía. Es como pensar que es lo mismo una cooperativa agraria formada por los dueños de campos para moler la aceituna; y la cooperativa de jornaleros que le vende su fuerza de trabajo en bloque para hacer el vareo. Así que Henriette salta directamente contra las cooperativas de trabajo con el viejo argumento reaccionario de que *hacen capitalistas a los trabajadores* y una *lógica* de razonamiento típicamente anarquista.

Dado que las cooperativas están ligadas al sistema capitalista, no tienen otra vía para escapar de las crisis de sobreproducción o infraproducción que las que son características de este sistema. En realidad solo pueden desarrollarse fundiéndose completamente en el sistema capitalista. Bajo tales circunstancias, los compañeros que son activos en este campo se perderán casi siempre para la causa de la revolución. [...] Todos los comunistas deben hacer esfuerzos por evitar mezclarse en nada que haga disminuir su ímpetu y su libertad para la propaganda y la acción comunista.

El debate acabará con Jinchuk, un menchevique que terminaría siendo parte de la élite stalinista de la época de las grandes purgas, interviniendo para cortar y corregir a ambos y apuntarles que lo que hace importante ganar la hegemonía comunista en las cooperativas es controlar la distribución alimentaria y evitar desastres en las primeras fases de la guerra civil.

Resumiendo, lo que puede sacarse en limpio de la lectura del debate sobre cooperativismo en el IVº Congreso es agri dulce.

Por un lado la posguerra estaba viendo emerger una oleada de cooperativismo de trabajo que necesitaba separarse con claridad del cooperativismo de pequeñas empresas, pero que intuitivamente se acercaba a los comunistas... que no sabían qué hacer con él o incluso lo rechazaban.

Los franceses seguían marcados por la controversia entre Guesde y Guide en los tiempos de la II Internacional y en realidad eran incapaces de entender el cooperativismo fuera de los parámetros ACI. Para los rusos, que no habían tenido nunca un movimiento cooperativo de trabajo, lo importante era la cuestión campesina y la distribución alimentaria.

No es de extrañar que solo dos semanas después del Congreso, Lenin publicara un artículo para intentar arreglar el desaguisado corrigiendo, sin nombrar, a todos los intervinientes. Lenin reivindica el cooperativismo no solo por motivos prácticos o para organizar al campesinado de modo compatible con la dictadura proletaria. Para Lenin, como para Marx, es la forma de pasar del control obrero de la producción en la fábrica a la gestión obrera de la producción social.

Si pudiéramos organizar en cooperativas a toda la población, pisaríamos ya con ambos pies terreno socialista.

Y recuerda que la crítica marxista del utopismo cooperativista se centraba en el carácter anti-político y armonista de las teorías utópicas, no en un rechazo de principio al cooperativismo y menos aun al cooperativismo de trabajo.

En los sueños de los viejos cooperativistas hay mucha fantasía. A menudo resultan cómicos por lo fantásticos que son. Pero ¿en qué consiste esta fantasía? En que la gente no comprende la importancia fundamental, la importancia cardinal de la lucha

política de la clase obrera por derrocar la dominación de los explotadores. Hoy es ya un hecho ese derrocamiento en nuestro país, y mucho de lo que parecía fantástico, incluso romántico y hasta trivial en los sueños de los viejos cooperativistas, se convierte ahora en una realidad de lo más natural.

En efecto, dado que en nuestro país el poder del Estado se encuentra en manos de la clase obrera y que a este poder estatal pertenecen todos los medios de producción, sólo nos queda, en realidad, cumplir la tarea de organizar a la población en cooperativas. Con la máxima organización de la población en cooperativas alcanza por sí mismo su objetivo ese socialismo que antes suscitaba legítimas burlas, sonrisas y desdén entre los que estaban convencidos, y con razón, de que era necesaria la lucha de clase, la lucha por el poder político, etc.

Ahora bien, no todos los camaradas se dan cuenta de la importancia gigantesca e inabarcable que adquiere ahora para nosotros la organización de cooperativas en Rusia. [...]

Todos los grandes medios de producción en poder del estado, y el poder del Estado en manos del proletariado; la alianza de este proletariado con millones y millones de campesinos pequeños y muy pequeños; la garantía de la dirección de los campesinos por el proletariado, etc.;

¿Acaso no es eso todo lo que se necesita para edificar la sociedad socialista completa, partiendo de las cooperativas, y nada más que de las cooperativas, a las que antes tratábamos de mercantilistas y que hoy, durante la NEP, merecen también, en cierto modo, el mismo trato? [No,] Eso no es todavía la edificación de la sociedad socialista, pero sí de todo lo imprescindible y lo suficiente para edificarla.

Sobre las cooperativas. Lenin, 1923

Lenin imaginaba que la revolución pasaría a atacar la relación capital-trabajo cuando la revolución mundial se exten-

diera finalmente y Rusia pudiera pasar, de una vez, a desarrollar la fase socialista de su revolución permanente. Y pensaba que lo haría desde aquello que había sido el gran logro de la revolución en Rusia, la centralización de la clase como tal en los soviets. Imaginaba así, el paso del capitalismo de estado al arranque de medidas anti-capitalistas como producto de una estructura internacional centralizada -el estado obrero- con su estructura económica convertida en una suerte de gran federación cooperativa (*de consumo*) orientada colectiva y conscientemente hacia la desmercantilización.

Resumiendo: la mirada de la IIIª Internacional sobre el cooperativismo es la mirada de la Rusia de la NEP. Las cooperativas de trabajo no tienen especial interés. Ni siquiera las comunas productivas que están eclosionando en toda Rusia merecen atención. ¿Por qué iban a tenerla? Con el proletariado dominando los soviets y a través de ellos el conjunto del aparato productivo, su significado se reduce a un movimiento moral, a una de tantas exploraciones que la clase hace durante aquellos años.

A los bolcheviques lo que les interesa son las cooperativas de consumo. Se lamentan de no haberlas tenido durante el Comunismo de guerra. Lenin las ve aun más importantes en la NEP, percibe en ellas el mecanismo a través del cual, en las condiciones de un capitalismo de estado, el proletariado puede ejercer su dictadura sobre los precios de intercambio con el campo.

Una cosa es fantasear sobre toda clase de de asociaciones obreras para construir el socialismo, otra aprender a construir en la práctica de manera en que cada pequeño campesino pueda colaborar en esa construcción.

Sobre las cooperativas. Lenin, 1923

Pero no solo se trata de establecer una relación con el campesinado a través del mercado de la NEP. Para organizar la relación en ese terreno no basta con organizar a los campesinos. La perspectiva es organizar en paralelo a los trabajadores en la ciudad en cooperativas de consumo para articular y organizar de forma consciente el cálculo de sus necesidades y lo que es más importante, la organización de la producción para satisfacerlas

La formación de grandes cooperativas de consumo sería el primer paso hacia la desmercantilización de la producción. El paso más avanzado que podía darse mientras la revolución no se extendiera al menos por la Europa plenamente capitalista, en la que el proletariado era mayoritario también en el campo.

En la perspectiva bolchevique tras la guerra civil, la propia clase organizada en cooperativas de consumo debía dictar directamente las prioridades a las industrias dirigidas por ella misma y negociar los precios de los productos agrarios con el campesinado -organizado a su vez en cooperativas de pequeños propietarios- desde la posición de fuerza que les daba ser un monopsodio, un monopolio de demanda.

Dicho de otro modo: el cooperativismo debía servir al proletariado ruso para tomar la gestión de la economía... hasta donde podía. Las cooperativas de consumo le fortalecían para condicionar con sus necesidades la producción agraria. Condicionar porque en realidad, no tenía más remedio que dejar el sector en manos de un campesinado volcado en el desarrollo del capitalismo rural y ansioso de encontrar aliados en los imperialismos antagonistas de la revolución a través del comercio exterior.

Como todo en la revolución rusa, expresaba un particular equilibrio, es decir, un conflicto de intereses y al mismo tiempo una dependencia mutua entre proletariado y campesinado. Y es que en Rusia la revolución no había sido una revolución socialista sino una revolución permanente en la que los trabajadores habían sacrificado su programa agrario -que se expresaba en las reivindicaciones colectivizadoras de jornaleros y braceros- por el del campesinado, defendido por los eseristas.

Sin embargo en la visión expresada por Lenin en su artículo se ve claramente la línea que estaban trazando para preparar una economía de transición y el papel central que adjudicaban al cooperativismo de consumo para «pisar ya con ambos pies en terreno socialista».

Habría que esperar a una revolución socialista desde el primer momento, para que se desplegara el sentido de lo que en ese momento era la visión bolchevique del futuro. Se probaría entonces que cuando en las zonas rurales se parte de colectividades de jornaleros y obreros del campo en vez de organizaciones de campesinos propietarios, la gestión obrera de la producción agraria se convierte también y necesariamente -so pena de autodestruirse- en acción inmediata hacia la desmercantilización, en «revolución social» que se expande a las ciudades.

Porque para los trabajadores, una vez destruido el poder del estado capitalista, no se trata de gestionar -o «autogestionar»- el capitalismo y sus mecanismos de precios, sino de superarlo paso a paso por la producción directa de acuerdo con las necesidades. Necesidades que los trabajadores organizan consciente y colectivamente a partir de esas mismas colectividades que, en la ciudad y el campo, ganan escala hasta convertirse en expresión organizada del conjunto de la clase, aunando consumo y producción.

Las colectividades en la Revolución Española

En la siguiente gran revolución del siglo, la española, que tuvo un carácter socialista desde su arranque, aun sin haber llegado nunca a conseguir su centralización, las medidas anticapitalistas aparecen desde el primer momento, tomadas por los comités y los grupos de trabajadores y milicias. El proletariado ataca el capital directamente e intenta organizar la producción y distribución a partir de las necesidades colectivas como puede. Aparecen las *colectividades*.

Desde los años sesenta ha habido un intento deliberado por interpretar como *autogestión* el movimiento de las colectividades de la guerra. No era la autogestión de nada lo que se pretendía, sino la desmercantilización de la producción y el soporte a las milicias obreras que enfrentaban al gobierno republicano y al fascismo simultáneamente.

Las colectividades de 1936-37 en España no son un caso de autogestión antes del nombre. Algunas organizaron una especie de comunismo local sin otras relaciones mercantiles que hacia el exterior, precisamente como las antiguas sociedades del Comunismo Primitivo. Otras eran cooperativas de oficio o de pueblo cuyos miembros se distribuían los beneficios del capital. Todas abandonaron más o menos la retribución de los trabajadores según las leyes del mercado de fuerza de trabajo, así como, unas más que otras, según el trabajo necesario y el sobretrabajo de donde el capital saca la plusvalía y toda la substancia de su organización social.

Además las colectividades hicieron a las milicias de combate dones en especie tan abundantes como reiterados. No se puede definir pues las colectividades sino por sus características revolucionarias, en suma por el sistema de producción y de distribución en ruptura con las nociones capitalistas de valor (de cambio necesariamente), siendo la autonomía de gestión mera forma en contradicción con su contenido profundo. Tanto que esa fue no sólo causa de sus dificultades, sino lo que permitió al stalinismo y al gobierno a él infeudado, combatir las y finalmente destruirlas. La autonomía de gestión fue pues la negación de las colectividades. Ellas mismas se dieron cuenta, pero demasiado tarde

Manuel Fernández Grandizo, Munis. Carta de protesta a «Auto-gestion et socialisme», 1973.

Es especialmente importante el paso de las *cooperativas de oficio o de pueblo que cuyos miembros se distribuían los beneficios de capital* a las colectividades desmercantilizadoras de la Revolución y la guerra. En no pocos casos, como en Llerena, la colectivización se realiza a partir de la cooperativa local de trabajo de los jornaleros -organizada por la ICE en su propia Casa del Pueblo- que toma en sus manos las labores de todos los campos expropiados y organiza, una estructura desmercantilizada de distribución de alimentos para toda la población.

Estamos ante el desarrollo modélico, en este caso gracias a los grupos que luego formarán la IVª Internacional, de aquello que García Queijido y los militantes de la IIª Internacional de antes de la oleada revolucionaria mundial esperaban fuera la evolución de la *Democracia obrera* que se desarrollaba alrededor de las casas del pueblo.

Las nuevas colectividades de la Revolución, desarrolladas muchas veces a partir de las viejas colectividades (coopera-

tivas) del PSOE y la CNT, son el boceto de esas cooperativas de consumo con las que Lenin esperaba que los trabajadores empezaran a organizar la sociedad desde las necesidades, fundidas en la organización directa del aparato productivo. No un capitalismo autogestionado, su opuesto: la gestión obrera de la producción para y durante su desmercantilización. Desmercantilización que comenzaba necesariamente por la de su propia fuerza de trabajo.

La colectividad llerenense de antes de la Revolución, que hasta entonces habían financiado huelgas, suplido carencias materiales e impulsado el agrupamiento de los trabajadores, se convirtió en la estructura de base de una economía desmercantilizada basada y organizada en función de las necesidades. La brevedad de su recorrido, del 19 de julio al 8 de agosto de 1936 con la invasión de las tropas franquistas y la masacre que perpetraron, solo hace aun más llamativo el grado de preparación previa del trabajo realizado: la colectividad empleó solo tres días en organizar un mecanismo de producción y distribución basada en necesidades para el conjunto del pueblo y buena parte de la comarca.

Y con todo, tampoco debemos idealizar la colectividad de la Revolución española. Su valor está en ser un momento de un proceso.

La propiedad de grupo no puede ser más que un momento en la transformación socialista de la producción. Es imposible que se conserve sino el tiempo mínimo necesario para que los trabajadores en posesión de las antiguas empresas capitalistas articulen toda la producción y el consumo a escala nacional.

La intención del proletariado y los campesinos al expropiar a la burguesía, no fue en manera alguna la de convertirse ellos mismos en propietarios, sino crear la economía socialista.

La experiencia propia de las colectividades les llevó a comprender que éstas deberían ser el punto de partida de una organización a escala nacional de la producción y la distribución.

La economía socialista debe plantearse siempre dos objetivos principales: satisfacer las necesidades de la población pobre y aprovechar hasta el máximo todos los recursos naturales y posibilidades técnicas. Lo segundo constituye la base de la satisfacción de las necesidades de la población pobre y, desarrollado en escala internacional, ha de crear las condiciones para la desaparición completa de las clases y del Estado.

Tarea irrealizable sin planificar la economía, faltando lo cual ni siquiera es posible aprovechar toda la productividad que permite la técnica moderna. La incautación y puesta en marcha de los centros productores por los trabajadores respectivos era un primer paso obligado. Quedarse en él debía resultar funesto.

G. Munis. La propiedad (capítulo VIII de «Jalones de derrota, promesa de victoria», 1947.

Pero ese momento, a pesar de insuficiente como todo momento de un proceso transicional, no es desdeñable en absoluto.

Una de las lecciones más importantes de las colectividades en la Revolución Española es que dan una base nueva, a años luz de la *reforma agraria* y el reaccionario minifundio, a la inclusión del campesino sin asalariados en la superación del capitalismo. De ahí la importancia histórica de las famosas *colectividades de Aragón*.

La derrota no quita valor al ejemplo dado por los campesinos. Hasta ahora, la alianza de éstos con el proletariado, particularmente en los países con restos de organización agraria feudal, planteábase en un terreno desigual. En el terreno industrial y urbano, expropiación de la burguesía (medidas socialistas); en

el campo, distribución de la tierra a los campesinos (medidas de democrático-burguesas). La revolución española ha revelado que puede plantearse, al menos en España, la alianza del proletariado y los campesinos sobre una base socialista. Las insuficiencias técnicas del país pueden ser suplidas provisionalmente por la suficiencia revolucionaria del campesinado.

La lucidez socialista de los campesinos aragoneses llegó hasta comprender la necesidad de una coordinación económica entre sus colectividades y las colectividades industriales del proletariado. Del campo vino la primera iniciativa en ese sentido, proponiendo un solo sistema de producción y administración para todas las colectividades. Por propia experiencia, la idea se impuso también a las colectividades industriales. Pero era absolutamente irrealizable sin la posesión íntegra del poder político por el proletariado y los campesinos. Cuando la idea llegó a ser más o menos clara, ya el Estado capitalista expropiaba al proletariado y el armamento, los órganos de poder y la energía revolucionaria de éste habían sido destruidos en Mayo.

G. Munis. La propiedad (capítulo VIII de «Jalones de derrota, promesa de victoria», 1947.

Sacando balance, la colectividad de la Revolución Española es el resultado de la transformación y extensión que la revolución hace a partir de las colectividades previamente existentes y de la cultura y referencias que han sido capaces de generar. En es una transformación de escala -pasando de cubrir a los socios a membresías de pueblo o sector- y alcance -aumentando el rango de la producción colectivizada para cubrir el mayor número de necesidades posible. Pero, en la experiencia española, no abandonó el carácter grupal, aunque se vislumbró. Ese salto, de la colectividad de grupo a la colectividad de clase, es el paso necesario hacia la reinstauración de la sociedad como comunidad. Y aún nos queda adelante.

El kibutz

Volvamos ahora a Palestina. Nos habíamos quedado en 1923. Degania y sus comunidades hermanas acaban de enunciar el modelo de la kvutza. Pero ya está en marcha un nuevo cambio de fondo traído por la Revolución rusa. La nueva generación llegada en la última oleada migratoria, criticará a los fundadores de Degania por la izquierda. Rechazarán por pequeñoburguesa su defensa de la comunidad pequeña basada exclusivamente en las familias, la conversación y los lazos de solidaridad interpersonal.

El impacto de estas nuevas expectativas e ideas llegadas de Rusia será decisivo. En 1927 se funda una confederación de kvutzot que siguen el modelo destilado en Degania, Heder Ha Kvutzot (HHK), el fruto más desarrollado -aunque tardío- del comunismo de la IIª Internacional. Pero se produce un parón en la formación de nuevas kvutzot ligadas a ésta. Aparece, en paralelo, un nuevo tipo de movimiento, los kibutz. Su objetivo será la generación de un gran kibutz de ámbito nacional, una federación centralizada de kvutzot, que **concibe su organización de la producción como el esqueleto económico de una sociedad desmercantilizada**, y que de forma natural persigue unirse al movimiento de clase en las ciudades.

El objetivo ya no es preservar la vida comunitaria sino ganar escala para industrializarse y convertirse en el esqueleto de una estructura productiva, bajo control de los trabajadores, que pudiera servir de estribo a una economía de transición hacia el comunismo cuando el proletariado tomara el poder.

Su éxito es inmediato. En diciembre de 1927, mientras HHK llega a la docena de organizaciones afiliadas, los kibutz agrupan ya a miles de militantes en la construcción de comunidades igualitarias. El número se duplicará en los años previos a la nueva guerra imperialista.

El nuevo modelo comunal se había formado alrededor de los movimientos juvenalistas. El mayor kibutz surgido en esa época fue el Kibutz Me'Uhad, nacido a partir de una serie de kvutzot jóvenes del Gedut HaAvodah, un movimiento de cuadrillas obreras itinerantes que construyó buena parte de las carreteras de la Palestina de la época. También contó con el apoyo de dos partidos: Ahdut HaAvoda y Poale Zion².

Es cierto que los descendientes de Degania también habían formado un movimiento, HHK, y que los kvutzot miembros cooperaban entre sí. Pero eso no es plenamente un kibutz.

Un kibutz no es confederal ni federal, es centralizado. En las nuevas organizaciones (Kibutz Me'uhad y Kibutz Artzi) los kibutznik (comuneros) **ya no son miembros del conjunto (el kibutz) por serlo de una parte (la kvutza), son parte**

[2] Ahdut HaAvoda: Partido fundado en 1919 y dirigido por David Ben Gurion. Era, en un primer momento, un intento de crear un partido según el modelo del antiguo centro kautskista del SPD anterior a la Gran guerra imperialista. Como aquel, estaba ligado a la burocracia del movimiento sindical judío, el Histadrut, que a diferencia de su izquierda marcará una fuerte tendencia nacionalista. Poale Zion: Partido social-nacionalista heredero de los seguidores de Ber Borojov, teórico del Sionismo Laborista. Borojov nació en 1881 en un shtetl (aldea judía) en la Zona de Confinamiento Judía del imperio ruso. Se afilió al Partido Socialdemócrata Obrero Ruso en 1901 donde sus posiciones serán duramente combatidas por Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotsky. Para una crítica de las posiciones de Borojov, véase El marxismo y las identidades en <https://es.communia.blog/el-marxismo-y-las-identidades/>

del todo y nada más. Es la pertenencia al kibutz la que lleva a trabajar, según las necesidades colectivas en tal o cual taller o granja, en un lado u otro del país.

Por otro lado, el panorama kibutziano está lejos de ser exclusivamente sionista: buena parte de este movimiento comunalista está todavía alineado con la Revolución rusa y se siente parte consciente de un movimiento que trasciende en mucho la situación en Palestina. Hasta después de la declaración de independencia, la posición contraria a la formación de dos estados será mayoritaria -casi unánime en el kibutz Artzi y HHK- y hasta finales de los cuarenta hubo una corriente desorganizada abiertamente anti-nacionalista expresándose en las asambleas. Según diversos testimonios, reflejados algunos incluso en la historia cuasi oficial del movimiento kibutz³ cuando se proclama la independencia de Israel, buena parte de los kvutzot, se niegan a celebrarlo.

En 1920 se había fundado el Partido Comunista de Palestina (PCP). Casi exclusivamente compuesto por militantes judíos, hasta su stalinización definitiva a mediados de los treinta, defendió la unidad de los trabajadores -árabes y judíos- contra el imperialismo británico, la clase dirigente árabe y la naciente burguesía judía, cuya representación política era el movimiento colonizador sionista.

El enfrentamiento con la izquierda sionista será pues abierto y franco. Desde 1924 los sindicatos, el Histadrut, intentaban expulsar a los miembros del PCP -que sin embargo dirigían el sindicato ferroviario, el primero en aceptar trabajadores árabes. Pero la gran mayoría de miembros del PCP durante los

[3] Henry Near. *The Kibbutz Movement. A history*, Littman Library, 1997

20 y los 30 serán judíos, muchos de ellos provenientes de las cuadrillas obreras itinerantes del Gedud Ha'Avodah.

Aparecen organizadores como Menachem Elkind, que se convertirá en el líder de la fracción de izquierda pro-bolchevique del Gedud Ha'Avodah. En 1927, en un contexto de fuerte crisis económica y de batallas políticas por la dirección del Gedud Ha'Avodah, Elkind desespera ante la evolución de las crecientes tendencias nacionalistas y emigra a Rusia. Allí se une a los restos de un movimiento juvenil socialista judío en desbandada, el Hehalutz. Elkind les convence de levantar una granja comunal -una kvutza- en Crimea. La lengua de los pioneros rusos es el yidish -de hecho entre ellos está la famosa escritora Shira Gorshman- y el hebreo está expresamente prohibido por su ligazón al sionismo, así que optan por el esperanto y llaman a su comunidad Nova Vojo (*Nuevo Curso*), tomando el nombre del último gran trabajo político de Trotski.

Queda poco registro sobre esta kvutza, lo que es seguro es que tras una lucha épica por sobrevivir, cuando consiguieron hacer su comunidad sostenible, fue desmantelada en las campañas represivas de Stalin. Recientemente el músico israelí Zinovy Beckman, nacido en 1934 en *Vojo Nova*, comenzaba sus recuerdos de infancia con un breve resumen de aquella colectividad de final trágico.

En 1928, inmigrantes judíos repatriados de Palestina, miembros de la organización sionista Gdud Ha-Avodah, fundaron una comuna agrícola judía Vojo Novo en el pequeño pueblo de Ozgul (ahora Listovoye) en el Distrito de Saki de Crimea, a 25 km de la ciudad de Eupatoria. La llegada a la URSS de 75 personas encabezadas por el destacado líder del movimiento obrero socialista, Mendel Elkind, fue facilitada por una recomendación del Komin-tern y aceptada por el gobierno soviético.

Entre los que llegaron de Palestina estaba mi futuro padre, Pesach Beckman. Más tarde, algunos colonos judíos de Ucrania comenzaron a unirse a la comuna. Entre ellos estaban mi madre, Manya Berezovsky; sus padres, Abraham y Rosalie Berezovsky; y la hermana menor de mi madre, Lyuba. En poco tiempo, la comuna Vojo Nova, básicamente un kibutz, logró un éxito significativo en la producción de leche, carne, cereales y verduras. Pero a fines de 1934, la comuna Vojo Nova fue reorganizada por la fuerza en una granja colectiva del mismo nombre. Los ex miembros de la comuna enfrentaron graves dificultades en los campos de Stalin.

Veintisiete personas, incluido mi padre, fueron condenadas en virtud del artículo 58 del Código Penal de la RSFSR y condenadas a varias penas de prisión en campos de prisioneros para fines especiales. Por un veredicto del Tribunal Supremo de la URSS del 19/02/1938, Mendel Elkind, presidente de la comuna, fue condenado a muerte. La sentencia se ejecutó el mismo día.

Aunque las noticias del fracaso fueron recibidas con un suspiro de alivio por el FNJ y los sindicatos, Vojo Nova quedó como una especie de mítico eslabón perdido en la historia del movimiento.

Mientras tanto, el stalinismo destrozaba al PCP para convertirlo en una herramienta imperialista. La guerra imperialista mundial, el sionismo y el nacionalismo árabe harán el resto. Pronto Rommel llega a las puertas de Egipto. Los ejércitos alemanes conquistan Grecia. Un desembarco en Siria parece inminente. El alineamiento con la Alemania nazi de la familia Husseini -apoyada hasta entonces por el PCP stalinista como si fuera la versión local del Frente Popular- que ha impuesto a uno de los suyos como Gran Mufti de Jerusalem, hace temer una acción combinada de terrorismo árabe a gran escala e intervención militar alemana. El inmediato precedente, la llamada gran revuelta árabe de 1936 a 1939 había inaugura-

do como principal táctica del nacionalismo árabo-palestino el asesinato organizado de trabajadores judíos en su intento de conseguir que los británicos prohibieran a los propietarios árabes vender tierras a organizaciones o particulares no árabes. Por otro lado, la respuesta británica, el famoso *White Paper* de 1939, restringe radicalmente la emigración judía, una línea política que se mantendrá incluso después de la liberación de los campos de exterminio, cuando miles de supervivientes intenten alcanzar Palestina como último refugio en su huida de una Europa en la que en más de una ocasión los retornados de los campos encontrarán la muerte o el pogrom al volver a sus pueblos de origen.

En ese marco, que se agravará aun más al llegar las primeras noticias de matanzas masivas de judíos en Europa, el encuadramiento para la guerra será imparable... y sin embargo en los tres movimientos (HHK, Kibutz Me'Uhad y Kibutz Artzi) muchos kvutzot se negarán a colaborar con el ejército británico o integrarse en la milicia. Pero la guerra estaba cambiándolo todo y la idea de defenderse de la amenaza de exterminio que llevaba consigo el ejército alemán de África se estaba convirtiendo en un encuadramiento militar en el seno del imperio británico.

Para rematar, en ese momento tanto el Kibutz Me'Uhad como el Kibutz Artzi (también importante y numeroso) estaban realineándose con la URSS stalinista. La enormidad del genocidio -inimaginable en toda su dimensión hasta los últimos años de guerra- propiciaba una solidaridad con las victorias rusas a partir de Stalingrado que ahogó las críticas a la contrarrevolución... incluso de sus propios miembros que huían de Rusia. Es más, al final de la guerra veían la derrota alemana como resultado de una pretendida superioridad

social del sistema stalinista. Acabarán justificando el stalinismo y sus métodos como un todo, incluso condenando a los miembros de sus propios movimientos juveniles que, tras de salir de la URSS entre los años 46 y 48, denuncian la represión, la brutalidad, la corrupción y la incompetencia económica del capitalismo de estado ruso.

Este realineamiento les llevará a fusionar sus brazos políticos y formar el Mapam -antecesor del actual Meretz, partido stalinista israelí- en enero de 1948. Aunque mantendrán el rechazo a la solución de dos estados más allá de la independencia de aquel año, la guerra llevará la matanza a la puerta de los kibutz. Una decisión directa de Stalin entregará armas checas al Kibutz Artzi. Será la primera partida de armamento del ejército israelí.

Los internacionalistas en el kibutz, sin organización propia, sin partido de referencia son, a partir de entonces, borrados de la memoria. Empieza una verdadera conquista de la memoria en la que la historia del kibutz se reinterpretará obsesiva -y muchas veces amenazadoramente- desde el sionismo, la guerra y las esencias nacionales.

El gabinete de los horrores

El periodo histórico abierto tras la derrota de los últimos esfuerzos revolucionarios de los trabajadores contra la segunda carnicería imperialista mundial será arrasador para todas las expresiones de clase. En primer lugar para sus expresiones políticas. En 1948 los internacionalistas abandonan una IVª Internacional que ha sido incapaz de mantenerse siquiera en aquello para lo que fue creada: afirmar el derrotismo revolucionario durante la guerra.

Y si para los comunistas, por definición los más conscientes, se abrió entonces un largo periodo de aislamiento y minorización, ni hablar para las expresiones comunitarias de la clase. Sin resistencias políticas relevantes, el re-agigantado capitalismo de estado en todas sus formas -stalinista, democrática, franquista...- se lanzará sin piedad para absorber lo que quede y destruirlo.

Los años 50 y 60 ven el resurgir del cooperativismo *amarillo*, eclesial, bajo el amparo del estado. La segunda mitad de los años 60 y especialmente el *mayo francés* y su resaca acaban de arrasar lo que por entonces era ya un paisaje de cenizas. La re-entrada en el juego político de la pequeña burguesía y sus valores es un verdadero disolvente que acaba hasta con el significado de las palabras. Al escuchar *comuna* nadie pen-

sará ya en los comuneros de 1871, sino en niños de clases altas jugando con drogas en pisos cochambrosos o hippies delirando en una granja malcuidada.

Para cuando el tsunami sesentayochista se retira en los noventa, lo que queda del panorama cooperativo y comunal es, prácticamente, un paisaje de detritus. Los noventa son los años de la privatización final de la kvutza y del éxtasis del cooperativismo ACI convertido ya en un nuevo lassallianismo, dependiente del estado y dedicado a dar una cara amable a la precarización.

La destrucción de la kvutza y su propiedad comunal

Aunque en 1948 se acelera la integración del kibutz en el estado y el capital nacional, este proceso tardará mucho tiempo en absorber y destruir de forma completa a la mayor parte de los kvutzot. La kvutza, a fin de cuentas una asamblea de trabajadores, aunque sometida a una dirección política nacionalista, mantendría durante la segunda mitad del siglo una cierta resistencia de clase.

El proceso acabará con la privatización bajo distintas formas de más de 2/3 de las comunidades existentes entre los años 1980 y 2010, pero se dará en cuatro fases que aunque solapadas, merece la pena diferenciar.

1. Absorción de la estructura política del kibutz por el estado

La escala había sido el gran tema de debate en el movimiento comunitario hasta la guerra mundial. Por un lado las kvutzot que seguían el modelo original de Degania, agrupadas en **Hever Ha'Kvutzot**, defendían que las comunidades debían mantenerse, en principio, por debajo

de los 180 o 200 adultos, diversificando su economía del modo que fuera posible para alcanzar productividades aceptables. Por otro, los dos grandes movimientos *kibutzianos* oponían a la pequeña *kvutza* la idea de *kibutz*, es decir, que la propiedad y la soberanía no debía estar en cada comunidad sino compartida entre todas de modo que fuera posible agrupar recursos para industrializarse y alcanzar productividades mayores en la perspectiva de convertirse en una opción social y económica viable capaz de servir de espina dorsal al socialismo cuando los trabajadores de las ciudades tomaran el poder.

El debate fue zanjado, visto en un contexto histórico, por la derrota de la alternativa revolucionaria. El estado independiente en Palestina, finalmente llamado Israel, no nace, como esperaba la Internacional y el primer PCP, como resultado de una Revolución permanente, sino del conflicto interimperialista.

El crecimiento en escala, una de las claves en la definición del modelo en los años 20, no fue dirigido, como esperaban, por la organización de la clase en las ciudades, sino que vino de la mano de la guerra y fue la forma concreta que tomó la absorción de la economía kibutziana por el estado.

La necesidad de atender la avalancha de nuevos refugiados en un contexto de guerra abierta con los países vecinos presentaba como *emergencia humanitaria* lo que no era en realidad sino una redefinición del kibutz en función de las urgencias económicas y militares del capital nacional. El que no hubiera manera de absorber en las estructuras kibutzianas existentes entonces a tal cantidad de nuevos miembros, no sirvió de argumento de resistencia sino todo lo contrario. El capital nacional se impone siempre a los trabajadores a tra-

vés del sacrificio cuando estos pierden la perspectiva de su propia alternativa.

En un país cercado y bloqueado por todo su entorno, lo que se esperaba y exigía de las comunas igualitarias no solo era servir de campos temporales de acogida, sino que aportarían aun más a la producción agraria para responder a las necesidades de la masa de nuevos migrantes y refugiados. El crecimiento de la productividad a base de sobretrabajo, una versión *democrática* de lo mismo que había hecho el stalinismo, retrotrajo las condiciones de vida de todos los comuneros a una precariedad muchas veces extrema.

El proceso se da en paralelo a un debilitamiento brusco de las estructuras asamblearias que apenas encuentra resistencia porque va unida a una crisis de liderazgo: buena parte de los líderes históricos del kibutz estaban convirtiendo en *kibutznik de fin de semana*, cedidos como funcionarios o cargos al estado recién nacido. Otra expresión de la absorción por el estado.

2. Formación de una burocracia gestora

Los años cincuenta ven por primera vez la contratación de técnicos y gerentes en el mercado para poner en marcha a toda velocidad nuevas unidades productivas.

Desde el principio de los movimientos kibutzianos, existía una voluntad consciente de crear sistemas de control democrático centralizado que optimizaran el uso de recursos. Pero la naciente burocracia gestora verá un problema en el control asambleario.

La lógica de la asamblea de trabajadores, por falta de perspectivas que esté, es inevitablemente distinta de la de la *fun-*

ción gestora y sus principios de maximización de la acumulación. Los gestores que aparecen en esos años:

Son leales a la normas de consecución de tareas, modo de vida ascético y colocación de recursos en la producción [pero] no se sentían comprometidos con cuestiones relacionadas con la igualdad o la participación democrática.

Menachem Topel, The Changing Composition of Kibbutz Elites.

En un terreno subjetivo además se sentían en cuestión por unas asambleas que asumían activamente su centralidad e imponían la rotatividad en las responsabilidades electas. Dicho de otra forma: eran un cuerpo extraño, una burocracia gestora y mercantil en un sistema que llevaba en su esencia el objetivo desmercantilizador, el fin de la división del trabajo y la gestión -y no solo el control- democrático de la producción.

La respuesta burocrática será impulsar estructuras regionales compartidas, justificadas sobre la necesidad de escala. Estas nuevas estructuras se moverán en un limbo donde ni las direcciones nacionales ni las asambleas locales tendrán control directo. Es un espacio político-económico propio y descentralizado construido en los intersticios de los viejos sistemas kibutzianos. A partir de ellos la tecnocracia ganará peso e influencia legitimándose en el puro aporte económico de los resultados de estas estructuras, en sus necesidades de crecimiento y sobre todo en la creación de nuevas estructuras de mando con sus consecuentes gestores.

La lógica de la gestión -asociada al objetivo del *bienestar*- se opondrá crecientemente a la lógica *ideológica* -esto es, desmercantilizadora- de las generaciones fundadoras. Es el debate que aparece reiteradamente como el *kibutz*: ¿camino u hogar?.

Cuando en los 70 la derecha llegue al poder en Israel, segundo el estado del bienestar, el esfuerzo por *modernizar y normalizar* los kibutz, es decir, por convertirlos en empresas públicas sometidas directamente a la burocracia estatal, dejará de estar en el programa estatal.

Las fábricas creadas por la burocracia perderán su tratamiento preferencial por parte del estado. Resultado: deudas inmensas que, paradójicamente, desarmen a la asamblea kibutziana y sus cargos electos, entregando el poder a la burocracia gestora, la única que puede conseguir dinero y financiación para evitar la disolución del kibutz.

El *aporte a resultados* se convierte en criterio de legitimidad y poder. El orgullo comunitario se vio superado paulatimamente por una sensación de dependencia: la *atrasada* producción comunal igualitaria tenía que supeditarse de forma natural a la *modernidad y rentabilidad* aportada por la burocracia. El capital domina ya la vida comunal. Hemos pasado de la subsunción formal por el capital, a la *subsunción real*: las relaciones capitalistas empezarán a incubarse en el interior de lo que hasta entonces era una economía interna fundamentalmente desmercantilizada.

3. Cultura sesentayochista y universidades

El desarrollo de las industrias regionales ligadas al kibutz supondrá la aparición de una nueva élite con un modo de vida desentendido de los valores kibutzianos pero inserta en la toma de decisiones.

La nueva élite gestora consigue que se acepte la necesidad de formar cuadros para tareas directivas que hasta entonces se habían entendido rotatorias. *La gestión pasó de ser una forma de liderazgo a un puesto de trabajo*, asegura Topel.

Como resultado, los jóvenes del kibutz de los sesenta exigirán primero estudiar en las universidades, viajar al extranjero y finalmente diseñar la estructura productiva del kibutz en función de las necesidades de *realización profesional* en vez de lo que se había entendido como el ideal hasta entonces: estudiar y aprender para resolver problemas compartidos.

Siempre presentándose como posibles *mediadores*, la burocracia creará sus propias universidades cooperativas dentro de la estructura kibutziana: la burocracia gestora había encontrado un modo de auto-reproducción parasitando el cuerpo moribundo pero resistente de la kvutza.

El impacto cultural es brutal y toma las formas del vitalismo sesentayochista: individualismo *libertario*, desautorización de las asambleas por los grupos *íntimos*, cada vez más identitaristas, que siguen a distintas teorías psicológicas y un abierto desdén por la *ideologización comunizante* de la generación anterior. Se está preparando un terreno en el que *lo ideológico* (=anti-mercantil) se opone a *lo técnico* (=el mercado), en el que las necesidades de la gestión se enfrentan a las de la comunidad, pero en el que lo comunitario está inerte porque el sujeto ya no es la comunidad, la kvutza, el grupo de trabajadores donde todos cuidan de todos, sino el individuo sesentayochista, buscando un ser esencial a través del disfrute de su autorrealización, presuntamente única e independiente de quienes le rodean y a las finales mensurable en ese diferencial de pequeños privilegios que acabará reclamando un salario que lo refleje. La ideología de los gestores se ha hecho generacionalmente hegemónica.

4. Privatización de los recursos y el fin de las kvutzot, sus asambleas y su propiedad comunal.

La crisis económica israelí del 85 encuentra a estos jóvenes

convertidos en burócratas, formando sólidos grupos informales con gestores contratados y defendiendo el trabajo *externo* y los *salarios diferenciales*. El mismo programa de la burocracia stalinista en los 30. La moral capitalista -la pobreza es necesaria porque alienta la producción- apenas se viste ya con eufemismos.

La crisis económica no solo les da un nuevo protagonismo como posibles salvadores sino como responsables electos por las asambleas en recambio de la vieja generación. El discurso sobre la necesidad de *ponerse al día* con el resto de la sociedad israelí se hace mayoritario entre la desmoralización de los viejos. El cambio generacional es la antesala de la privatización y la privatización el paso del kibutz de estructura comunitaria a propiedad privada de los antiguos gestores. Más del 80% de *la antigua generación kibutznik* vive ahora por debajo del umbral de la pobreza.

El boom del cooperativismo amarillo

Es bien sabido que la derrota de la revolución en España en el 37-38 supuso la incorporación forzosa de las colectividades agrarias y las industrias colectivizadas al estado republicano y el esfuerzo de guerra. Menos conocido es que también significó el fin de las grandes cooperativas de trabajadores industriales que habían prosperado desde el siglo XIX. El franquismo solo tuvo que privatizar las cooperativas re-estatalizadas y entregárselas como parte del botín de guerra a la pequeña-burguesía que le era fiel.

En la práctica solo sobrevivieron las cooperativas agrarias, es decir, las cooperativas de pequeños propietarios de tierras, hijas predilectas de la iglesia católica. Y por si quedara algún recuerdo de la colectivización, incluso estas lo hicieron entendidas como...

...instrumentos de política económica en manos del Estado, es decir, que estas organizaciones debían ser tuteladas y jerarquizadas, intentando borrar de esta manera el recuerdo de las anteriores sociedades cooperativas con sentido revolucionario. Para ello, en 1941 se integraron los antiguos Sindicatos Agrícolas, quedando sometidas todas las cooperativas a la Organización Sindical del Movimiento tras la Ley de 1942, y en última instancia, al Ministerio de Trabajo, que tenía amplios poderes sobre su aprobación, inspección y control.

Evolución del sector cooperativo en España, Millán Díaz-Foncea y Carmen Marcuello. Universidad de Zaragoza

En el mundo de las cooperativas de trabajo, ni que decir tiene, lo poco que queda, está prácticamente todo bajo el ala de la iglesia, y prácticamente no se crean nuevas cooperativas hasta finales de los 50 cuando se funda Ulgor -luego Fagornúcleo inicial de las cooperativas de Mondragón impulsadas por José María Arizmendarrieta.

Arizmendarrieta había sido un joven cura peneuvista durante la guerra civil. O lo que es lo mismo: un clericalista que soñaba con una república vaticana vasca tan ultra que los franquistas se plantean incluso fusilarlo. No lo harán gracias a la mediación del obispo de Guipuzcoa. Arizmendarrieta le pedirá marchar a Bélgica, donde quiere estudiar el auge cooperativista impulsado por la iglesia. En cambio el obispo le mandará a Mondragón, un pueblo de industria cerrajera en uno de los valles más inaccesibles de la provincia, para *trabajar con los jóvenes*.

El trabajo de Arizmendarrieta se centrará en crear una escuela politécnica que será finalmente fundada en 1943 como *Escuela profesional*. Alrededor de ella irá construyendo una red

de relaciones cada vez más estrechas con el bloque clerical -luego llamado *democratacristiano*- del poder franquista en Madrid. Con los chicos que irán saliendo de la escuela, hoy Universidad de Mondragón, irá formando, entre 1956 y 1970 decenas de cooperativas.

En 1970, 14 años después de arrancar, eran ya 40 cooperativas que en conjunto empleaban a 8.743 personas y facturaban 7.059 millones de pesetas de la época. La *División Empresarial* de Caja Laboral, fundada a sugerencia de Arizmendarrieta en 1959 se dedicaba a impulsar y financiar nuevas cooperativas. A esta urdimbre primitiva se había sumado, también en 1959, Lagun-Aro, el fondo de pensiones -de hecho todo un sistema de Seguridad Social alternativo- con el que los cooperativistas responden a la negativa del estado a reconocerles la cobertura reservada a los trabajadores por cuenta ajena.

En conjunto, el sistema creado por Arizmendarrieta estaba formado por una serie de nodos independientes coordinados por una estructura formativa común y un sistema financiero propio que captaba recursos del ahorro no sólo de los cooperativistas sino del entorno en el que vivían. Esta relación con el territorio determinará la forma misma de crecimiento de la estructura, que calca la red parroquial de la región en aquel momento.

Pero el *prodigioso* crecimiento de las *cooperativas de Mondragón* sería impensable sin la complicidad política de un estado -y sobre todo de los sectores *democratacristianos* en él- que lo interpretan como un experimento y modifican las leyes a medida de sus necesidades, especialmente durante los años 70, cuando están intentando encontrar alternativas

propias para reconducir hacia el estado la creciente combatividad obrera azuzada en la segunda mitad de la década por la amenaza naciente del paro.

En el cambio del aparato político de la burguesía española de finales de los setenta y principios de los ochenta, el heredero y beneficiario de los logros del experimento no serán sin embargo los *democratacristianos*, divididos y diluidos en la nueva derecha española, sino el PNV.

En la nueva etapa de la dirección, Mondragón entra formalmente en la ACI y redobla su *neutralismo* político, pero sobre todo aumenta el número de cuadros provenientes de Deusto (la universidad jesuita íntimamente ligada al nacionalismo vasco) y toma como objetivo estratégico convertir la escuela Politécnica en el centro de reproducción de una capa gestora cada vez más autónoma: la Universidad de Mondragón.

El movimiento irá acompañado en los 90 de una transformación estructural. Se abandona la estructura parroquial y se sustituye por una sectorial que absorbe a las cooperativas en ejes y estrategias comunes controlados desde un corazón corporativo (MCC- Mondragón Corporación Cooperativa) que centraliza la relación con la banca y los fondos.

A partir de entonces la burocracia mondragoniana va a desarrollar una estrategia compleja. Por un lado, se va a consolidar como capa dirigente profesional separada, fervorosamente neutralista y legitimada exclusivamente por los resultados económicos. Es la época en la que el regalo de cumpleaños al hijo de 18 de toda familia obrera de una cooperativa, es pagarle la cuota de ingreso como cooperativista, *asegurándole* salarios de base que muchas veces doblaban los equivalen-

tes de la industria. La despolitización se alimenta a sí misma. Es la época de la epidemia de cocaína entre los jóvenes.

Pero para mantener esos salarios y con ellos la despolitización, hay que mantener el negocio creciendo, es decir, aumentando la explotación... lo que es contradictorio con los salarios por encima de la media. La burocracia gestora empieza una financiarización agresiva que está a punto de llevarse por delante a Eroski -los supermercados- en un par de ocasiones y sobre todo su política de internacionalización. MCC se convierte en el dueño de decenas de fábricas por todo el mundo, desde China a México pasando por India y Brasil. Los trabajadores de esas fábricas no son cooperativistas sino asalariados a condiciones medias del país donde están implantadas. Pronto los trabajadores asalariados totales del grupo son más que los cooperativistas. Y estos poco más que unos asalariados de la burocracia con participación en los beneficios de la explotación de una red internacional de fábricas *low cost*.

Cuando todo empieza a fracturarse con la crisis de 2009 y Fagor lleve varias plantas a cierre en los valles, los cooperativistas irán a la huelga contra la propia cooperativa que en teoría dirigen y por reivindicaciones que están centradas en la valorización del capital que pusieron como cuotas o aportaciones. No hay mejor retrato de lo que la joya industrial de la ACI y la iglesia acaba produciendo.

Mondragón sigue por supuesto adelante. Reducido en fuerzas pero con la misma dinámica de consolidación de la burocracia, internacionalización y financiarización. Los otros exponentes del boom amarillo de los sesenta, las cooperativas belgas, al haber sido su motor la gran distribución bajo

la forma de cooperativismo de consumo, habían caído ya. La financiarización es una enfermedad endémica de las grandes superficies y en el caso belga acabó arrastrando a las cooperativas industriales de trabajo ya en los años noventa.

El boom comunal de la pequeña burguesía en revuelta

En los EEUU de los años cincuenta las ideas anticonsumistas que rechazan el modelo de bienestar y la cultura de masas norteamericana de posguerra comienzan a cuajar en lo que pronto se llamará la *contracultura*. Una nueva generación de escritores, los *beatniks* pone en valor la subcultura de los intérpretes de jazz y sus seguidores, los *hipsters*. Cuando a principios de los sesenta se establezcan en los dos barrios icónicos de la bohemia americana -Greenwich Village en Nueva York y Haight-Ashbury en San Francisco- les comenzarán a llamar *hippies*. El hippismo es en principio poco más que una moda, una etiqueta puesta por la prensa al creciente espíritu de rechazo de los valores del sueño americano entre los jóvenes universitarios, hijos en su mayoría de la burguesía corporativa y la pequeña burguesía más acomodada.

A día de hoy no hay año en que los medios, las series de TV y las películas, no intenten celebrar el *movimiento* y sus supuestos logros: la consagración de la música popular como sector industrial, el *viste como quieras*, el nacimiento del ecologismo, el identitarismo negro en EEUU, el renacer feminista y la *revolución sexual*. Tienen de lo que felicitarse: el malestar de la pequeña burguesía y su protesta se convirtieron en una verdadera mina de nuevas ideologías para el estado y en una cantera para los cuadros de las décadas siguientes.

La tan cacareada espontaneidad de la juventud, una nueva aproximación al discurso juvenalista, no tuvo nada de es-

pontáneo ni de genuinamente político. El verano del amor de 1967 es en primer lugar un movimiento artístico: la consagración de la música rock y folk de la contracultura como un fenómeno de masas. Pero es sobre todo, un fenómeno mediático: son los medios los que etiquetan lo hippie y le dan capacidad de movilización masiva. Más de 100.000 jóvenes llegan a San Francisco alentados por los relatos de la prensa. Siguiendo una canción que la radio pone una y otra vez, se ponen flores en el pelo y muchos de ellos las reparten por la calle. Los medios están disfrutando y experimentando la lógica de las profecías autocumplidas.

Necesitando encontrar contenido para un movimiento ético-estético que estaba siendo definido cada vez más desde un relato externo, un amplio sector del ambiente hippie empieza a proponer una *vuelta al campo*, usando parte de la iconografía del pionerismo americano y el anarquismo naturalista de un Thoreau como contrapunto a la asociación cada vez más establecida entre hippismo, drogas y sexo que escandalizan a la clase media. La portada de TIME en julio de 1969 consagra esta conversión del hippie en un nuevo pionero. Está dedicada a *Family of Mystic Arts*, un grupo que se establece en Oregon en 1968. Una vez más el arrastre mediático funciona y se calcula que la población total en *comunidades intencionales* en EEUU a principios de los 70 pudo llegar a superar las 700.000 personas.

Carentes de modelo económico y de propósito común, fundamentadas en poco más que un deseo de prolongar la fiesta del 67 y la experimentación juvenil, la mayoría desaparecerán pronto. Solo unas pocas, asociadas cada vez más al ecologismo desde la perspectiva mística del *New Age* en la que acabó buena parte de la contracultura, consiguen de-

sarrollar una base estable. Algunas se mantienen hasta hoy, aunque diluidas en la definición de *comunidad intencional* o en el movimiento de las *ecoaldeas*, es decir, renunciando o no habiendo desarrollado nunca una economía comunal. Nunca tuvieron nada que ver con el trabajo y los trabajadores, pero disputaron su imaginario.

Mientras, en Alemania, Rudi Dutschke se convierte en el líder de la SDS (*Sozialistischer Deutscher Studentenbund*), un grupo nacido como rama estudiantil del partido socialdemócrata que se ha ido radicalizando hasta ser expulsado del movimiento madre y que capitanea las movilizaciones contra la guerra de Vietnam. El SDS es el corazón de la llamada *nueva izquierda*. Marcuse y Dutschke intentan encontrar una alternativa al proletariado como protagonista de la revolución. Hablan de *nuevos sujetos sociales* que vendrían representados por el tercermundismo, el feminismo y toda una pléyade de movimientos que prenden entre sus seguidores.

Estas ideas, convergentes con las que, en París, ensayan por entonces Bourdieu, Castoriadis y los situacionistas, llevan a unos y otros a la *crítica de la vida cotidiana*. Dutschke propone crear una *experiencia*, una comuna experimental que a través del psicoanálisis permita descubrir los elementos de quiebra de la *familia burguesa* alemana. Consigue el piso del escritor Hans Magnus Enzerberger y recluta al grupo de voluntarios en el que él mismo no se incluye. Así, en 1967 nace Kommune 1 (K1). Bajo el eslogan *Das Private ist politisch!* (lo privado es político), el grupo pronto olvida el psicoanálisis y se dedica a la *guerrilla humorística*... para delicia de la prensa derechista alemana. Dutschke, que les tacha de *neuróticos*, les expulsa de la SDS y anima una segunda *experiencia comunal*: K2. Él mismo dirige el psicoanálisis en reuniones con

los comuneros, pero la metodología resulta frustrante y no alcanza ningún conocimiento especial. K2 se disolverá en el verano de 1968.

Seguirán, por toda Europa, centenares de *comunas* de estudiantes que discuten interminablemente sobre los movimientos políticos *radicales* de la época en pisos compartidos fuera de los campus de la universidad. Son verdaderos lugares de iniciación a las nuevas ideologías de la pequeña burguesía, al sexo, a la nascente cultura de las drogas... En realidad ninguna novedad, una actualización de la bohemia decimonónica.

El estudiantado sesentayochista se aplica al vaciamiento general de los significados del vocabulario político elaborado tan trabajosamente desde la revolución francesa. Consigue llevar las consecuencias del stalinismo más allá de donde el stalinismo soñó. Estamos de hecho ante el laboratorio de prototipos de lo que dos décadas después serán los vectores de *modernización* del stalinismo cuando el estado ruso implosione. Hay una verdadera inflación de relato y un batiburrillo de ideas en el aire. Marcuse, Reich y el psicoanálisis se mezclan con Mao, Trotsky y Enver Hoxha en la banal promiscuidad del *postureo* estudiantil.

En los ochenta buena parte de aquellos jóvenes e *hiper-ideologizados* sesentayochistas se integrarán en las élites políticas de las nuevas democracias meridionales con Mitterrand, Gonzalez, Papandreu y hasta Craxi como modelos. En Alemania, donde el recambio generacional del grupo de poder no fue tan obvio como en los países latinos, crearán en 1980 una expresión político-generacional propia: die *Grünen*, el primer partido ecologista europeo.

En el mundo comunal y cooperativo será poco lo que sobreviva. Y lo poco que lo haga estará marcado por un izquierdismo anarquizante... que acabará haciendo a las cooperativas dependientes de las donaciones primero y de las subvenciones después. Es decir, serán un camino alternativo para llegar al mismo lugar al que el cooperativismo ACI, bien ligado al católico, se había propuesto llegar. Repasemos rápidamente la historia de la comuna que fue reconocida por la UE hace unos años como primera *Cooperativa Europea*, es decir, de bases no nacionales.

En 1972 Suiza, como toda Europa, está en ebullición. En Basilea se encuentran dos grupos anarquistas, uno austriaco, *Spartakus*, cuyos miembros se han refugiado en el país de las razzias de la extrema derecha y otro local, *Hydra7*. Ambos han convergido hacia el rechazo de la deriva terrorista del sesentayochismo y defienden ideas autogestionarias. Ese mismo año Hydra7 ha montado todo un aparato de recaudación de fondos para los obreros de Schirmeck, Alsacia, que finalmente se hacen con la propiedad de la fábrica y la cooperativizan de forma viable. La unión de ambos grupos se ve reforzada por la llegada de Roland Perrot, *Rémi*, que tiene el aura de haber sido jefe de seguridad de los estudiantes durante la ocupación de la Sorbona. Rémi propone la idea de crear *pueblos pioneros europeos* que sirvan de refugio en caso de un empeoramiento del clima político. Se apuntan cuarenta personas. Encuentran un terreno en los Alpes franceses, en una colina cerca del pueblo de Limans. Ha nacido *Longo Maï*, en Occitano literalmente *largo nunca*, largo plazo.

Aunque Hydra7 pondrá su maquinaria recaudatoria al servicio del nuevo proyecto, los comienzos serán duros y la dieta de los pioneros escasa. Además, la primera etapa no deja de

estar lastrada por el espíritu sesentayochista: durante los primeros años se prohíben las parejas, lo que genera problemas internos y defecciones... y aun peor, les lleva a recibir acusaciones de sectarismo que responden con una demanda que se arrastra durante años hasta que finalmente la ganan en los tribunales en 1995. Por otro lado, el ambiente llega a ser tenso con los vecinos, que rechazan a los *hippies venidos de fuera*, y la tensión se resuelve a veces en pequeñas confrontaciones violentas. Por otro lado, Longo Maï, fiel a su objetivo original, ayuda y recoge en los ochenta no solo a desertores de Alemania del Este, sino a no pocos kurdos del PKK. La creciente presión de las autoridades, que pretenden deportar a los refugiados, culmina con una redada en 1989 que, aunque acaba en nada, sirve para cerrarles temporalmente su *radio libre*, entonces la mayor de Europa.

Poco después Longo Maï inicia una reforma interna y un cambio generacional que supone, de facto, la ruptura con el marco sesentayochista original: se producen los primeros matrimonios y el asentamiento inicial, donde hasta entonces la *crianza colectiva* se extendía a la edad escolar. Pasan de defender la crianza colectiva en edad escolar a batallar por la reapertura de la escuela pública del pueblo, ganándose por primera vez a los vecinos.

Con la actividad agraria a pleno rendimiento gracias a las entonces novedosas ayudas a la ganadería de montaña y el turismo rural, y con un flujo medio anual de donaciones, que en los 90 alcanza los cinco millones de francos suizos, el milagro estaba servido: Longo Maï creció hasta 260 miembros, organizados en cinco asentamientos-cooperativas agrarias, recuperando zonas abandonadas de montaña de baja productividad. Crean una comunidad agraria para 200 personas

en Costa Rica, en su mayoría exiliados del Kurdistan turco. En los noventa Longo Maï es ya una referencia del nuevo izquierdismo anti-globi, *Le Monde Diplomatique* les presenta como el posible enlace histórico de los nuevos movimientos antiglobalización de la época con el sesenta y ocho y hasta con la tradición fourierista.

En la actualidad Longo Maï tiene comunidades en Suiza, Alemania, Austria, Ucrania, Francia y Costa Rica, todas bajo propiedad de una fundación con sede en Basilea y explotadas por la que es a día de hoy la mayor organización acogida a la fórmula *Cooperativa Europea*, es decir, sostenida por las subvenciones europeas a la agricultura y ganadería de montaña, las ayudas estatales a *proyectos sociales* y hasta las ayudas a las escuelas en lugares aislados.

¿Y en el resto de Europa? ¿Queda alguna estructura relevante al margen de la ACI y su espíritu de dependencia estatal?

En Alemania, el curso de las cosas no será tan diferente. Conforme avanza la década de los setenta, es cada vez más claro a los supervivientes de la izquierda estudiantil alemana que la violencia es un callejón sin salida. Recuperan protagonismo las ideas pacifistas de Dutschke, quien desde Dinamarca retoma contacto con otros antiguos líderes del movimiento. Paralelamente, desde 1970 ha empezado un pequeño movimiento al campo entre algunos sectores del movimiento estudiantil que empiezan a tomarse en serio la creación de comunidades, ya no como una *experiencia*, sino como una opción de vida a largo plazo.

Las marchas antinucleares y las manifestaciones contra las bases militares y el despliegue de misiles americanos en Eu-

ropa se han convertido en movimientos masivos de nuevo tipo que parecen dar la razón, años después, a la teoría de los *nuevos sujetos sociales*. Las movilizaciones contra la energía nuclear y la alarma social ante las primeras lluvias ácidas van creando un ambiente en el que algunos de los teóricos sesentayochistas empiezan a enunciar que la *contradicción fundamental* del capitalismo ya no se da entre capital y trabajo, sino entre capital y recursos naturales. En este crescendo nacen en 1978 el diario TAZ y en 1980 *Die Grünen*. Ese mismo año TAZ comienza a publicar un suplemento autogestionario que comienza a crear lazos entre los asentamientos creados durante la década anterior.

Distintos entornos ligados a los verdes sirven, a partir de 1985 para ir convirtiendo esos lazos en una red más sólida que finalmente se encuentra presencialmente en la comuna del castillo de Lutter en 1989. En 1990 ocho comunas -Finkhof, Lutter, Zorrows, Dhronthal, Prezelle, Heinigen, Projekt A, Kaufungen- tienen boletines locales; en 1991 dan un paso más y crean un boletín de noticias interno y en 1992 la revista Kommuja, que dará nombre a la red.

En 1995 Kommuja comenzará a gestionar un fondo de apoyo mutuo entre las comunidades y a partir de 1999 organizará Los *Geh't's*, encuentros abiertos que además de servir como conector entre comunidades funcionan también a la manera de ferias de empleo donde las personas interesadas en unirse a una comunidad pueden conocer la red y postular su ingreso en una comunidad.

En la actualidad Kommuja agrupa a casi 500 personas organizadas en 34 comunas de lengua alemana, las 32 primeras en Alemania y las dos más recientes en Austria. La gran ma-

yoría se sostienen mediante el trabajo agrícola y comparten tanto producción como ingresos, aunque también incluye algunas que son solo comunidades de ingresos compartidos.

Llama la atención sin embargo que en su declaración de principios se insista en que la comunidad *no es un fin en sí mismo*, dando paso a una suerte de definición laxa del *socialismo constructivo*. Las distintas comunas se sitúan en la izquierda política y el anarquismo, incluyendo perspectivas medioambientales, antifascistas o feministas más o menos marcadas. Ninguna de ellas plantea una estrategia de clase ni el lugar que adjudicaría al movimiento comunal en ella. Medio siglo después del movimiento estudiantil, en Kommuna el tono general no refleja una reflexión o preocupación política real más allá de los sentimientos, argumentos y lugares comunes de la izquierda europea. Eso sí, las comunidades son, en su mayor parte, independientes económicamente.

El nuevo lasalleanismo

A todo este carrusel de horrores de décadas en que al detritus de la ACI se suma el cooperativismo amarillo y el comunismo verde, la recesión de 2009 aportará la guinda final: el *nuevo cooperativismo de trabajo* en el mundo anglosajón y el *cooperativismo de plataforma*.

En realidad, el *nuevo cooperativismo* de trabajo solo es nuevo en EEUU. Su modelo explícito es MCC. Y grupos como las cooperativas *Evergreen* en Cleveland son, desde luego, los dignos sucesores de su modelo. Surgen de la iniciativa de un grupo que se autopropones desde el día uno como capa gestora al estado, al que promete ahorros e impacto social... pero también una oportunidad para colocar capitales en la ciudad a rentabilidades estables. Las cooperativas del grupo

son viables solo en tanto que la demanda de las grandes instituciones estatales y de servicios públicos estén aseguradas: lavandería de hospitales, producción subvencionada de alimentos en huertos urbanos para las escuelas, parques solares dependientes de precios políticos... Los trabajadores ganan su membresía tras pagar su participación a plazos bajo la vigilancia de la burocracia gestora. Y en el caso de Cleveland esto puede llevar años, los que les cueste recuperar la propiedad de sus casas, usadas como activos por la sociedad. En cualquier caso la capa profesional gestora está claramente separada y establecida como tal desde el primer día. La dependencia de la cooperativa de los políticos y del capital financiero hacen al grupo gestor aun más insustituible que en MCC. No hay nada ni remotamente parecido al control por los trabajadores, solo los viejos rituales asamblearios que llegaron ya muy diluidos de Europa.

El principal paralelismo con lo que había pasado con el cooperativismo de trabajo en el resto del mundo es la consolidación de la dependencia del estado del sector cooperativo de trabajo. Esta dependencia se acelerará desde los 90 con el avance de la terciarización. Las nuevas cooperativas de trabajo que aparecen entonces en España, Francia o Italia están en el sector servicios: animadores, jardineros, maestros y hasta serenos. Todas dependientes directamente de fondos públicos, se convierten en vectores de precarización y clientelismo a partes iguales. Un nuevo lassalleanismo se consolida y refuerza el discurso pedigüeño de la ACI cada vez más borroso bajo la marca *Economía Social*.

En cuanto a las cooperativas de consumo, tras el fracaso por financiarización inevitable del modelo de las grandes superficies de distribución, reaparecerá a partir del 2010 ligado a la

distribución de la agricultura ecológica. Los precios y la ideología de base concentran sus socios en la pequeña burguesía ideologizada más o menos verde o apocalíptica. Pero lo más interesante es que no dejan lugar a dudas de su naturaleza burocrática. De hecho es casi imposible que las cooperativas de consumo no se conviertan en un simple negocio para burócratas, si es que no nacieron así. El coste de la participación en la gestión supera en mucho los ahorros que para una familia normal puede suponer la membresía. Las asambleas de socios son, cuando tienen una mínima representatividad, ridículas.

Y por si todo esto fuera poco, el panorama cooperativo se completa en los años diez con el fulgor de la *sharing economy* y la afirmación de una falsa alternativa cooperativa: las llamadas *cooperativas plataforma*. Originalmente pensadas para agrupar trabajos que por propia naturaleza están atomizados (traductores, diseñadores...) se reconvierten por parte de ayuntamientos en falsas alternativas a la ultraprecarización de los riders y los conductores de *uber*. Falsas porque toman las mismas formas que las empresas de *economía colaborativa*: sustituir capital y tecnología por puro trabajo no remunerado. Ni furgoneta, ni moto ni bici eléctrica siquiera, explotación multiplicada a golpe de puro pedal y a precio irrisorio para que el consumidor no se retraiga y el tendero sea por fin *competitivo*.

Si hubieran sido iniciativa de los trabajadores las nuevas *cooperativas de plataforma* difícilmente pivotarían sobre la creación de un nuevo sector, la ciclogística que, por su escasa capitalización, solo puede sobrevivir en el mercado sobre condiciones laborales humillantes, precariedad máxima y remuneración por debajo de la logística tradicional.

A lo largo de la historia, los seres humanos han utilizado su ingenio para crear máquinas que aliviaran la dureza del trabajo. No se puede defender la vuelta atrás, la renuncia al transporte de carga y la vuelta al músculo humano. La precarización de las vidas de los trabajadores, la reconversión literal en bestias de carga no puede producir adhesión ni complicidad ninguna.

Los kibutz urbanos israelíes

Durante los últimos treinta años uno de los fenómenos más significativos en el mundo comunalista es la aparición de un nuevo tipo de colectividades en Israel. Movimientos juveniles *educativos* como *Dror* -los últimos desdencientes del partido eserita de la Revolución Rusa- o *Mishol*, respondieron a la privatización de la mayor parte de los kibutz agrarios con un nuevo modelo de kibutz urbano.

El kibutz en su conjunto sigue siendo el propietario colectivo de todo y funcionando en torno a un fondo centralizado que asegura la igualdad de condiciones de vida. Pero la vida de la organización gira en torno a *kvutzot* de entre 3 y 40 miembros que están distribuidos por todo el territorio del país, casi todos en pisos, locales y oficinas alquiladas.

No es una lógica confederal: las pequeñas comunidades no son soberanas sino autónomas. Tienen presupuestos para atender necesidades diferenciales que nacen no de los ingresos producidos por su actividad en el mercado sino del fondo central. Tampoco tienen una membresía propia, los miembros del kibutz se mueven entre ellas con relativa fluidez en función de proyectos y azares vitales aunque las *kvutzot* puedan proponer, llegado el caso, la incorporación de nuevos miembros.

Esta forma de organización *flexible* permite además nuevas vías de ingreso y formas de trabajo. En algunos proyectos -maestros en escuelas, dinamizadores en proyectos sociales municipales, periodistas en prensa gremial- los miembros del kibutz trabajan formalmente como asalariados para el exterior... pero sus salarios se ingresan integralmente al fondo común mientras dura el proyecto y sus necesidades siguen estando cubiertas por el kibutz en los mismos términos que los demás miembros y a través de la misma estructura. Este modelo les ha permitido también poner en marcha cooperativas de consumo (supermercados) como formas de inserción y organización social en ciudades nuevas. Las cooperativas son parte del movimiento que dinamiza el kibutz pero no parte del kibutz mismo, cuyos miembros *cobran* -y entregan al fondo común- lo que le corresponde como socios-trabajadores, pudiendo integrar a otros no-kibutznik en igualdad de condiciones.

El resultado en el caso de *Dror* es un kibutz con unos 150 miembros repartidos por el país con un metabolismo económico común y un movimiento social diez veces mayor. Pero tanto en *Dror* como en *Mishol*, el crecimiento del kibutz no nace fundamentalmente de su acción social y cooperativa, sino de los *movimientos juveniles*; en *Dror* nacionales -hijos de trabajadores locales- en *Mishol* fundamentalmente en Gran Bretaña.

Prácticamente todos los miembros del movimiento juvenil estudian juntos como mínimo un ciclo en la escuela de profesorado. Todos son *maestros* con vocación de actuación social y herramientas pedagógicas ganadas en la universidad. La experiencia de la militancia social temprana se convierte así además en un pequeño ensayo de vida colectiva durante al

menos dos años de su formación universitaria, cuando comparten pisos con otros compañeros de la organización -a veces con ayuda económica de esta- y forjan lazos de confianza que luego se proyectarán sobre la vida kibutziana.

Los *movimientos juveniles* fueron una suerte de *scoutismo obrero* ligado al juvenalismo europeo de la última década del siglo XIX y principios del XX. Su función era originalmente preparar a jóvenes judíos polacos y rusos para crear sus propios kibutz en la Palestina británica. Hoy es un voluntariado juvenil dedicado a la difusión cultural y la formación obrera en barrios. Su militancia se capta en los institutos. Está completamente supeditado al estado a través de las estructuras públicas dedicadas a bienestar social y educación. En el caso de Dror, además, a través de los sindicatos. El estado permite además a los jóvenes de estas organizaciones cumplir una parte de su servicio militar en proyectos animados por ellas. Ni que decir tiene que todos estos movimientos están completamente imbuidos de nacionalismo y patriotismo.

Es decir, a pesar de que algunas innovaciones son sin duda interesantes y generalizables, políticamente representan la máxima aberración posible del gabinete de los horrores que venimos listando: la organización de colectividades desde el estado. El aprendizaje que podemos extraer de su experiencia está radicalmente limitado por ello.

¿Pueden volver a existir colectividades de trabajadores?

Durante el periodo de vida de las cuatro internacionales obreras las colectividades de trabajadores jugaron el papel de *retaguardia* del partido proveyendo a éste de fondos de huelga, estructuras de difusión, organizaciones educativas y culturales y, como insistía Lenin, espacios de reclutamiento de jóvenes cuadros para las organizaciones revolucionarias. Llegados a la revolución, e incluso ante su perspectiva cercana, las colectividades obreras sirvieron de esqueleto y guía para sostener los primeros avances de una producción en desmercantilización dirigida directamente por los trabajadores.

Que el cooperativismo ACI, los delirios de la pequeña burguesía y el nacionalismo ocuparan su espacio fue un resultado inevitable del triunfo de la contrarrevolución. Pero igual que no hemos dejado de aprender de la lucha de clases tras el colapso -en poco más de treinta años- de las tres últimas Internacionales, tampoco dejamos de aprender de las colectividades por la ausencia de referentes de clase.

El impulso que empuja a miles de trabajadores cada año y en todo el mundo hacia formas de propiedad comunal expresa la dimensión comunitaria de nuestra clase. Pero sabemos

que, de manera general, esta dimensión no puede sostenerse en el tiempo sin ser parte de un esfuerzo político consciente y organizado que lo alinee con los intereses de la clase trabajadora como un todo. No hay colectividad viable que no sea militante.

Hoy son más necesarias que nunca colectividades con perspectiva política de clase. A ochenta años de la contrarrevolución, parece claro que la expresión política de los trabajadores no puede flotar en el aire. Necesita madurar y ganar una base social mínima en un tejido más amplio que el de sus propios militantes para ser útil cuando las luchas estallan y se generalizan. Las colectividades tienen su lugar y su horizonte en esa construcción colectiva.

Desde Marx y la I Internacional sabemos que el cooperativismo de producción, y no el de consumo, ha de estar en el centro del movimiento. El cooperativismo de consumo solo puede funcionar si es la expresión directa de un grupo de trabajadores que lo organiza como parte de algo más amplio que exige y obtiene de buen grado su gestión directa.

El cooperativismo de consumo dejado a sí mismo, como ya pasaba en los tiempos de la II Internacional, solo sirve para crear las condiciones óptimas para una burocracia descontrolada, clientelista y de forma natural orientada a promover el neutralismo, pues cualquier otra cosa le resultaría peligrosa. Burocracia que tan pronto se sienta lo suficientemente independiente estará tentada de pensar la cooperativa como oficina estatal o negocio de escala que solo puede caer en la financiarización, convirtiendo a la burocracia en transmisor y gestor de las necesidades del capital financiero frente a los trabajadores y consumidores de la propia cooperativa.

Sabemos también que las cooperativas de trabajo son tanto más resistentes a la burocratización cuanto más cercanas están a la organización comunal, es decir de la distribución de acuerdo a las necesidades sobre una base común de salarios iguales. El salario igual para todos, afirmado ya para las cooperativas de trabajo por la I Internacional, es un mínimo innegociable. Igualdad o distribución de acuerdo a necesidades. No hay más opciones.

Lo que nos han dejado las décadas de derrota es un anti-modelo, el de las cooperativas ACL: dependencia estatal, primacía del cooperativismo de consumo, *profesionalización* de la gestión, salarios diferenciales y *neutralidad* política. Anti-modelo que en sus *casos de éxito* incorpora dos horrores más: asociación directa al capital financiero -cuando no financiación- y explotación masiva de trabajadores asalariados externos disfrazada de *internacionalización*.

En su lugar, toca asegurar la independencia del estado en los ingresos y del capital en la financiación; afirmar la primacía de la producción colectiva frente a plataformas y *gestores*, y de la distribución no mercantil frente a los salarios diferenciales y la lógica de la mera compra en grupo; toca recuperar la labor formativa de las cooperativas y utilizarla para crear espacios -físicos y sociales- capaces de servir al desarrollo de nuestra clase como en su día lo hicieron las casas del pueblo, los ateneos obreros y las cooperativas de trabajadores que, en la mayoría de los casos, las sostenían.

Toca, en definitiva, reanudar la construcción de colectividades en una jornada nueva.»

Apéndice Documental

Cooperativas (Carlos Marx)

La Asociación Internacional de los Trabajadores se propone unir, llevando a un mismo cauce, los movimientos espontáneos de la clase obrera, pero, de ninguna manera, dictarle o imponerle cualquier sistema doctrinario. Por eso, el Congreso no debe proclamar uno u otro sistema especial de cooperación, sino que ha de limitarse a la enunciación de algunos principios generales.

1. Nosotros estimamos que el movimiento cooperativo es una de las fuerzas transformadoras de la sociedad presente, basada en el antagonismo de clases. El gran mérito de este movimiento consiste en mostrar que el sistema actual de *subordinación del trabajo* al capital, sistema despótico que lleva al pauperismo, puede ser sustituido con un sistema republicano y bienhechor de **asociación de productores libres e iguales**.
2. Pero el movimiento cooperativo, limitado a las formas enanas, las únicas que pueden crear con sus propios esfuerzos los esclavos individuales del trabajo asalariado, jamás podrá transformar la sociedad capitalista. A fin de convertir la producción social en un sistema armónico y vasto de trabajo cooperativo son indispensables **cambios sociales generales, cambios de las condiciones generales de la sociedad**, que sólo pueden lograrse mediante el paso de las fuerzas organizadas de la sociedad, es decir, del poder político, de manos de los capitalistas y propietarios de tierras a manos de los productores mismos.
3. Recomendamos a los obreros que se ocupen preferentemente de la **producción cooperativa** [cooperativas de trabajo], y no del **comercio cooperativo** [cooperativas de

consumo]. Este último no afecta más que la superficie del actual sistema económico, mientras que la primera socava sus cimientos.

4. Recomendamos a todas las sociedades cooperativas que conviertan una parte de sus ingresos comunes en **fondo de propaganda** de sus principios, tanto con el ejemplo, como con la palabra, a saber, contribuyendo al establecimiento de nuevas sociedades cooperativas de producción, a la par con la difusión de su doctrina.
5. A fin de evitar la degeneración de las sociedades cooperativas en simples sociedades burguesas por acciones (*sociétés par actions*), los obreros de cada empresa, independientemente de si están asociados o no, deben **cobrar igual parte de los ingresos**. Podemos consentir, a título de compromiso puramente temporal, que los asociados cobren, además, un interés mínimo.

Carlos Marx. *Cooperativas en Instrucción sobre diversos problemas a los delegados del Consejo Central Provisional*, 1866.

Tesis del III^{er} Congreso Mundial de la Internacional Comunista sobre la acción de los comunistas en las cooperativas

1. En la época de la revolución proletaria, las cooperativas revolucionarias deben proponerse dos objetivos:
 1. Ayudar a los trabajadores en su lucha por la conquista del poder político.
 2. En los lugares donde el poder ha sido conquistado, ayudar a los trabajadores a organizar la sociedad socialista.

2. Las antiguas cooperativas marchaban por la vía del reformismo y evitaban de toda forma la lucha revolucionaria. Predicaban la idea de una entrada gradual en el socialismo sin pasar por la dictadura del proletariado. Las antiguas cooperativas predicaban la neutralidad política mientras en realidad ocultan bajo esta consigna su subordinación a la política de la burguesía imperialista. Su internacionalismo sólo existe en palabras. En la realidad, sustituyen la solidaridad internacional de los trabajadores por la colaboración de la clase obrera con la burguesía de cada país. Debido a esta política, las antiguas cooperativas, lejos de colaborar con el desarrollo de la revolución la obstaculizan y, en lugar de ayudar al proletariado en su lucha, lo perjudican.
3. Las diversas formas de cooperativas no pueden de ningún modo servir a los objetivos revolucionarios del proletariado. Las más convenientes para ese fin son las cooperativas de consumo. Pero aún entre estas últimas hay muchas que agrupan a elementos burgueses. Estas cooperativas nunca estarán del lado del proletariado en su lucha revolucionaria. Sólo la cooperación obrera en las ciudades y en el campo puede detentar ese carácter.
4. La tarea de los comunistas en el movimiento cooperativo consiste en:
 1. Difundir las ideas comunistas.
 2. Hacer de la cooperación un instrumento de lucha de clases para la revolución, sin desvincular a las diversas cooperativas de su agrupamiento central.

En todas las cooperativas, los comunistas deben estar organizados en fracciones constituidas, proponiéndose formar en cada país un centro de cooperación comunista.

Esos grupos y su centro deben tener una estrecha vinculación con el Partido Comunista y sus representantes en el sector de las cooperativas. El centro también debe elaborar los principios de la táctica comunista en el movimiento nacional de las cooperativas, dirigir y organizar ese movimiento.

5. Los objetivos prácticos que actualmente debe proponerse la actividad revolucionaria en las cooperativas irán apareciendo en su totalidad durante el trabajo. Pero ahora ya es posible indicar algunos de ellos:
 1. Difundir, por escrito o verbalmente, las ideas comunistas, llevar a cabo una campaña para liberar a las cooperativas de la dirección y de la influencia de la burguesía y de los oportunistas.
 2. Acercar las cooperativas a los partidos comunistas, a los sindicatos revolucionarios. Hacer participar a las cooperativas, directa o indirectamente, en la lucha política, mediante su intervención en las demostraciones y en las campañas políticas del proletariado. Apoyar materialmente a los partidos comunistas y a su prensa. Apoyar materialmente a los obreros en huelga o víctimas de lockout.
 3. Combatir la política imperialista de la burguesía y en particular la intervención en los asuntos de la Rusia soviética y de otros países.
 4. Auspiciar el intercambio no sólo de ideas o de cuestiones organizativas sino también de negocios entre las cooperativas obreras de los diferentes países.
 5. Reclamar la firma inmediata de tratados comerciales y el establecimiento de relaciones comerciales con Rusia y otras repúblicas soviéticas.

6. Participar lo más ampliamente posible en los intercambios comerciales con esas repúblicas.
 7. Participar en la explotación de las riquezas naturales de las repúblicas soviéticas haciéndose cargo de concesiones en su territorio.
6. Luego del triunfo de la revolución proletaria, las cooperativas deben encarar su pleno desarrollo. El ejemplo de la Rusia soviética permite esbozar ya algunos rasgos característicos:
1. Las cooperativas de consumo deberán encargarse del reparto de productos de acuerdo con los planes del gobierno proletario. Esta función imprimirá a las cooperativas un impulso inusitado.
 2. Las cooperativas servirán de nexo orgánico entre las explotaciones aisladas de los pequeños productores (campesinos y artesanos) y los servicios económicos del Estado proletario. Estos últimos, por intermedio de las cooperativas, dirigirán el trabajo de esas pequeñas explotaciones conforme a un plan general. En particular, las cooperativas de consumo recibirán los productos alimenticios y las materias primas de los pequeños productores para remitirlos a los consumidores y al Estado.
 3. Las cooperativas de producción agruparán a los pequeños productores en talleres o grandes explotaciones comunes que permitan la aplicación de máquinas y de procedimientos técnicos perfeccionados. Darán así a la pequeña producción la base técnica que permitirá organizar sobre ese fundamento la producción socialista y que liberará a los pequeños productores de su mentalidad individualista para desarrollar en ellos el espíritu colectivista.
7. Teniendo en cuenta el inmenso papel que las cooperativas revolucionarias deben desempeñar durante la revolución proletaria, el III Congreso de la Internacional Comunista recuerda a los partidos, grupos y organizaciones comunis-

tas que deben continuar trabajando enérgicamente en la difusión de la idea cooperativista, de las agrupaciones de cooperativas como un instrumento de la lucha de clases y en formar un frente único de cooperativas con los sindicatos revolucionarios.

El Congreso encomienda al Comité Ejecutivo de la Internacional la formación de una sección sobre cooperativas encargada de poner en práctica el programa anteriormente indicado. Además, esta sección deberá, en la medida de sus necesidades, convocar a conferencias y congresos para realizar en la Internacional la misión revolucionaria de las cooperativas.

Resolución del III^{er} Congreso Mundial de la Internacional Comunista sobre la acción en las cooperativas

El III Congreso Mundial de la Internacional Comunista le encomienda al Comité Ejecutivo la formación de una sección cooperativa que deberá preparar, en la medida de sus necesidades, la convocatoria a consultas, conferencias y congresos cooperativos internacionales, para realizar en el marco de la internacional los objetivos determinados en las tesis. Además, la sección deberá proponerse los siguientes objetivos prácticos:

1. Reforzar la actividad cooperativa de los trabajadores del campo y de la industria constituyendo cooperativas de artesanos semiproletarios, impulsando a los trabajadores a que se hagan cargo de la dirección y del mejoramiento en común de su explotación.
2. Llevar a cabo la lucha a favor de la entrega a las cooperativas del reparto de víveres y de objetos de consumo en todo el estado.

3. Realizar la propaganda por los principios y los métodos de la cooperación revolucionaria y dirigir la actividad de la cooperación proletaria hacia el apoyo material de la clase obrera combatiente.
4. Favorecer el establecimiento de relaciones comerciales y financieras internacionales entre cooperativas obreras y organizar su producción común.

Resolución del IVº Congreso Mundial de la Internacional Comunista sobre la Cooperación

Durante los últimos años que precedieron a la guerra mundial y aún más durante esta guerra, la cooperación adquirió en casi todos los países un fuerte impulso y atrajo a sus filas a amplias masas de obreros y campesinos. La ofensiva casi universal lanzada por el capital obliga a los obreros, y sobre todo a las obreras, a apreciar aún más la ayuda que puede prestarles la cooperación de consumo.

Los viejos jefes social-reformistas han comprendido después de mucho tiempo la importancia de la cooperación para el logro de los objetivos que persiguen. Se han instalado en las organizaciones cooperativas y desde allí envenenan la conciencia de las masas obreras, perturbando el ánimo y la actividad de los obreros que poseen espíritu revolucionario. Por otra parte, los partidos socialdemócratas que tienen en sus manos la dirección del movimiento cooperativo, sacan en ciertos países de las cajas de las cooperativas los recursos materiales necesarios para el sostenimiento de su partido. Bajo la máscara de la neutralidad política, apoyan a la burguesía y su política imperialista.

Dueños de la dirección del movimiento cooperativo, los viejos jefes del cooperativismo no pueden o no quieren ni com-

prender las nuevas condiciones sociales, los nuevos objetivos de la cooperación, ni elaborar nuevos métodos de trabajo. Al no querer renunciar a sus principios cooperativos, consagrados por la edad, destruyen también el trabajo puramente económico y al mismo tiempo toda cooperación.

Finalmente, no hacen nada por preparar al proletariado para la realización de las inmensas tareas que le incumbirán en el momento en que se adueñe del poder.

Todas esas circunstancias obligan a los comunistas a dedicarse seriamente a apartar a los social-patriotas del campo cooperativo para transformarlo de un instrumento al servicio de los lacayos de la burguesía en un instrumento del proletariado revolucionario.

El III Congreso de la Internacional Comunista había adoptado tesis relativas a la acción de los comunistas en la cooperación. La experiencia de un año y medio ha justificado esas tesis. El IV Congreso las confirma una vez más e invita insistentemente a todos los partidos comunistas, a todos los grupos y organizaciones, a abordar su actividad en la cooperación. Igualmente solicita a los órganos de la prensa que asignen en sus columnas un lugar adecuado a las cuestiones cooperativas.

Para completar esas tesis, el IV Congreso destaca:

1. La necesidad urgente de que todos los partidos comunistas pongan en práctica la resolución que impulsa a todos los miembros del partido a ser miembros de las cooperativas y a defender en ellas la línea de conducta comunista. En cada organización cooperativa, los coo-

peradores comunistas deben formar una célula, ya sea legal o clandestina. Todas las células deben agruparse en federaciones departamentales y nacionales bajo la dirección de la Sección Cooperativa del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista.

Esas células tienen por objetivo establecer la vinculación con la masa de los obreros cooperadores, criticar en su medio no sólo los principios sino sobre todo la acción de la antigua cooperación y organizar a todas las masas descontentas con vistas a crear en la cooperación un frente único de lucha contra el capital y el estado capitalista. Todos los problemas nacionales de los comunistas cooperadores deben ser sometidos a la Internacional Comunista por medio de su sección cooperativa. Pero los cooperadores comunistas no deben tratar de aislar a los cooperadores revolucionarios o que pertenecen a la oposición, pues esta forma de proceder provocaría no sólo el desgaste de sus fuerzas, sino también el debilitamiento del contacto de los cooperadores revolucionarios con las amplias masas obreras. Las mismas causas obligan a abstenerse de apartar a las sociedades cooperativas nacionales de la Alianza Internacional Cooperativa. Por el contrario, los comunistas deben reclamar la adhesión y aceptación por parte de esta alianza de todas las cooperativas nacionales donde los comunistas son mayoría y que aún no estén afiliadas.

2. Los cooperadores comunistas, al igual que los comités centrales de los partidos comunistas, deben llevar a cabo una enérgica lucha contra la creencia que la cooperación podría, solamente con sus fuerzas, acceder al régimen socialista mediante una lenta incorporación en el capi-

talismo, sin la toma del poder por el proletariado. También sería falso afirmar que es capaz, usando sus viejos métodos, de obtener un mejoramiento considerable en la situación de la clase obrera. Es preciso combatir no menos enérgicamente el principio de la llamada neutralidad política, que oculta un apoyo abierto o simulado a la política de la burguesía y de sus lacayos. Esta campaña no debe solamente adoptar la forma de la propaganda teórica. También se debe realizar haciendo participar a la cooperación en la lucha política y económica llevada a cabo actualmente por los partidos políticos y los sindicatos rojos de cara a la defensa de los intereses de los trabajadores. A esto se vincula, por ejemplo, la lucha contra el aumento de los impuestos, sobre todo contra los impuestos indirectos a cargo del consumidor, la lucha contra los impuestos excesivos o especiales a las cooperativas y al volumen de ventas, la lucha contra la carestía de la vida, el reclamo de la cesión a las cooperativas obreras de consumo de la distribución de los productos de primera necesidad, la lucha contra el militarismo que provoca el aumento de los gastos del estado y, en consecuencia, el aumento de los impuestos, la lucha contra la alocada política financiera de los estados capitalistas que culminan en la caída de la moneda, la lucha contra el Tratado de Versalles, la lucha contra el fascismo que siempre intenta destruir a las organizaciones cooperativas, la lucha contra las amenazas de guerra, la lucha contra la intervención armada en Rusia, la lucha por los tratados de comercio con Rusia, etcétera. Los cooperadores comunistas deben tratar que sus organizaciones participen en estas campañas, al lado de los partidos comunistas y de los sindicatos rojos, y plasmen de este modo el frente único del proletariado.

Los comunistas cooperadores deben reclamar de sus organizaciones una ayuda eficaz a las víctimas del terror capitalista, a los despedidos, etc.

Los comunistas cooperadores exigirán enérgicamente en sus sociedades la organización del trabajo de propaganda y se dedicarán a realizar ese trabajo.

3. Simultáneamente con esta enérgica participación en la lucha política y económica del proletariado revolucionario, los cooperadores comunistas deben llevar a cabo en sus organizaciones una acción puramente cooperativa a fin de atribuir a esta acción el carácter impuesto por las nuevas condiciones y tareas del proletariado: la unión de las pequeñas sociedades de consumo, la renuncia a los viejos principios de la distribución de las bonificaciones, de los beneficios y el empleo de estos últimos en el fortalecimiento del poder de la cooperación, la creación por medio de estos beneficios de un fondo especial de ayuda a los huelguistas, la defensa de los intereses de los empleados de las cooperativas, la lucha contra los créditos de los bancos que puedan ser peligrosos para la cooperativa. Cuando hay un aumento de las acciones, los comunistas deben exigir que los obreros que no tengan medios para pagar las acciones no sean excluidos de las sociedades y exigir las mayores facilidades para ellos, etc. Las células de los cooperadores comunistas deben igualmente vincular estrechamente su acción con la de las organizaciones de obreras y de las juventudes comunistas para llevar a cabo, gracias a las fuerzas unidas de las obreras y de los jóvenes, una propaganda cooperativa conforme a los principios comunistas. Es preciso iniciar en las cooperativas una enérgica lucha contra la burocracia que, encubriéndose

con consignas democráticas, hizo del principio democrático una frase vacía, maniobra a voluntad sin estar sometida a ningún control, evita convocar a asambleas generales e ignora a las masas obreras organizadas en esas cooperativas. Finalmente, es indispensable que las células de los cooperadores comunistas incluyan a sus miembros, sin exceptuar a las mujeres, en los comités de dirección y en los organismos de control y que adopten medidas para proveer a los comunistas de los conocimientos y aptitudes indispensables en la dirección de las cooperativas.

Comunas campesinas y cooperativas en España antes de las colectivizaciones (Gerald Brenan)

En el siglo XVIII muchas ciudades pequeñas y pueblos del norte de España poseían la mayor parte y a veces toda la tierra de su vecindad y la dividían en lotes de vez en cuando entre los hombres válidos del lugar. Este sistema comunal (o, como es llamado a veces, colectivista) de posesión de la tierra condujo con frecuencia a las municipalidades a embarcarse igualmente en otras actividades comunales. Como ilustración de la forma de trabajar de estas comunidades, daré un extracto de una autobiografía inédita de un cura liberal, don Juan Antonio Possé (copiada por don Gumersindo de Azcarate en *Vestigios del primitivo comunismo en España*, publicado en *Boletín libre de enseñanza*, agosto 1883) en el que describe el pueblo de Llánabes de la provincia de León en los años 1790-1793:

La administración es admirable. El cirujano, el pastor de ganados, el herrero, la tienda del boticario, las indulgencias o bulas papales, las letanías, etc., todo era provisto gratuitamente por la municipalidad. La sal, las semillas para la siembra y todo lo que resta de los bienes propios es dividido entre el pueblo justa y equitativamente. Todas las tierras son comunes y son repartidas cada diez años por lotes y en igua-

les porciones entre todos los vecinos del lugar [...] Sólo hay un mayorazgo en el pueblo

Joaquín Costa, que copió este pasaje en su *Colectivismo agrario* (p. 348-349), añade que Llánabes no había aún cambiado en su tiempo (1898) y que otros pueblos de los alrededores seguían el mismo sistema. Era, de hecho, una reliquia de una forma de poseer la tierra general en tiempos pasados en todo León y en parte de Extremadura y de Castilla la Vieja. La tierra dividida en esta forma se le daba el nombre de *quiñones*.

Las comunidades no eran siempre agrícolas. En los valles de los Pirineos se encuentran comunidades de pastores que poseen las tierras de los pastos y gobiernan todos sus asuntos de un modo similar. En una de éstas, descrita por John Langdon Davies en su libro *Behind the barricades*, toda la tierra, excepto la de las casas y jardines pertenecía al pueblo: el médico, el barbero, el herrero, el veterinario junto con el cirujano y la farmacia eran mantenidos por el ayuntamiento, las semillas eran distribuidas gratuitamente todos los años, había una cooperativa para proveer de todas las cosas y los campesinos vestían aún según la moda del siglo XVIII. El color político de este pueblo, cuyo nombre es el de Ansó, era neutral, pero el cura era muy popular y el territorio de alrededor era carlista. Aunque Langdon Davies asegura que las tierras de pasto pertenecían a un terrateniente benévolo, es muy probable que esté equivocado en esto pues hace cincuenta años los pastos de estos valles y de otros muchos de los Pirineos eran comunales. Así, Ansó nos da otro ejemplo de una cooperativa municipal basada en un sistema de propiedad común que data de tiempos remotos, aunque francamente no sé si esta cooperativa es una fundación moderna o se remonta, como Llánabes, al siglo XVIII.

Estas comunidades de pasto no son, no obstante, exclusivas de los Pirineos; existen también en Cáceres y en las montañas de Asturias. El pueblo de Caso, por ejemplo, que tiene 15.000 habitantes, tiene 20.000 cabezas de ganado en colectividad, no teniendo tierras laborables en absoluto. Pero, debemos ir a Cataluña si queremos ver las mayores extensiones de empresas comunales. Muchas de estas son industriales tales como la verdaderamente antigua de Begur que se dedica a la fabricación de redes para la pesca. Otras son comunidades pescadoras y aquí no puedo hacer nada mejor que copiar la descripción que John Langdon Davies hace de una de éstas en un pueblo llamado Port de la Selva. Sus observaciones fueron hechas en 1936 poco antes de estallar la guerra civil, y gentilmente me ha permitido leer un pequeño folleto que trajo consigo a su vuelta a Inglaterra y que contenía las reglas de la comunidad:

El pueblo estaba dirigido por una cooperativa de pescadores: poseían las barcas, las redes, la fábrica de las mismas, el almacén de víveres, el frigorífico, los vehículos de transporte, los olivares y la refinería del aceite, el café, el teatro y la sala de reuniones. Habían desarrollado el pósito, o fondo municipal poseído por todos los pueblos de España, como un seguro contra muerte, accidente o pérdida de embarcaciones. Acuñaban su propia moneda. Imponían multas en casos de pendencia, insultos, murmuraciones contra las gentes y por toda acción opuesta a la moral y al decoro. Según el artículo 6 de su ley, la diversión de los componentes de la comunidad consistiría en danzas y la expansión, en el teatro, el cine, en veladas científicas y literarias y en lecturas sobre agricultura y piscicultura.

Port de la Selva era una república libertaria en pequeño y realizaba el ideal de todos esos pueblos de Cataluña, Andalucía y la misma Castilla, que, en épocas diferentes durante el pasado siglo, habían proclamado su independen-

cia y procedido a la división de tierras y a la emisión de su propia moneda. Langdon Davies creyó, de buena fe, que ello había sido creación de los anarquistas y, sin embargo, no fue así.

La constitución de Port de la Selva de aquel tiempo había sido creada en 1929, poco antes del advenimiento de la República, por el movimiento cooperativista fundado en 1860 por el fourierista **Fernando Garrido**. Este movimiento que no es nada revolucionario, ha mantenido a distancia al anarquismo y al socialismo político y ha triunfado estableciendo en varias partes de España cooperativas productivas semejantes a la de Port de la Selva. Lo que es interesante de observar es cuán naturalmente se adaptan estas cooperativas a la escena española, ya que Port de la Selva es una de las viejas comunidades pescadoras de Cataluña que han existido desde tiempo inmemorial. De Cadaqués, unos kilómetros más lejos, se sabe por documentos contemporáneos que había sido organizado de modo similar allá por el siglo XVI. Otros documentos guardados en la iglesia del lugar hablan de Port de la Selva con su industria pesquera comunal. (Véase *Colectivismo agrario* de Joaquín Costa, p. 579-582.) Otra comunidad pesquera exactamente igual, en Tazones, cerca de Villaviciosa en Asturias, es descrita por el profesor Antonio Camacho en la Revista Nacional de Economía.

Henos pues ante una cooperativa productiva moderna encajada en una organización comunal antigua y funcionando perfectamente. Lo que ha sido hecho en Port de la Selva, rodeado de influencia anarquista, ha sido hecho también en Ansó, de ambiente carlista, mientras que la organización de cooperativas de Llánabes data del siglo XVIII y precede así al menos en sesenta años al movimiento coo-

perativista europeo. Así, Llánabes ofrece un ejemplo más de lo verdadero de la observación de San Agustín: *Nolite foros iré, in interiore Hispaniae habitat veritas*, No hay necesidad de buscar influencias del exterior, el origen de todas las cosas de España está en la España misma.

En cuanto a los orígenes de estas comunidades agrícolas y pastorales, se ha probado que datan de la edad media (siglos IX y X) cuando los reyes y los nobles ansiosos por repoblar la inmensa zona árida existente entre los montes Cantábricos y los territorios que estaban en poder de los árabes, daban tierras a comunidades de siervos liberados (las llamadas *familias de criación*) en condiciones muy ventajosas. Se usaban dos formas de cartas: o bien la *carta puebla* o *carta de población*, como era asimismo llamada, que era un simple contrato hecho por el propietario de la hacienda con la comunidad, o bien un *fuero municipal*, que aportaba consigo ciertos privilegios jurídicos y de autogobierno y que precisaba del consentimiento del rey. En ambos casos la costumbre era la de dar un solar a cada familia y la tierra a la comunidad que la dividía por periodos fijos entre todos sus miembros. Las villas que recibían *cartas municipales*, eran sobre todo mercados (y por esta razón obtenían privilegios más extensos) y se desenvolvían de modo diferente que las pequeñas aldeas que solamente tenían *carta de población*.

Después de la reconquista de Toledo en 1085 cesaron de darse *cartas de población*. Las nuevas tierras que iban siendo reconquistadas tenían una población musulmana. Las órdenes militares y los nobles a quienes el rey concedía extensiones de terreno se valían de esclavos moros para trabajarlas. Las ciudades recibieron *fueros municipales* y generosas donaciones de tierra. Los emigrantes cristianos que venían a ocuparla

formaban un elemento aislado dentro de una población heterogénea. Todo lo que podemos decir basándonos en las referencias históricas (ya que no se han hecho investigaciones sobre los orígenes de la cuestión agraria en España) es que el contacto con los esclavos moros fue desmoralizador para los nuevos dueños de la tierra y, en consecuencia, las tierras que estaban en común, al dejar de ser trabajadas, quedaron para el pastoreo llegando a ser, con el tiempo, monopolio de la gente rica quien, sola, instaló allí sus rebaños. No hay modo de hallar la menor traza de comunidades agrícolas al sur del Tajo.

En cuanto a las comunidades de pastores en los Pirineos, no se sabe si se formaron como las comunidades agrícolas de León y Castilla por la necesidad de contentar a los habitantes de la región fronteriza con algo por lo que valiera la pena luchar, o si datan de tiempos más antiguos. Es muy significativo que algunas de las tribus celtíberas descritas por Estrabón y por Diodoro de Sicilia practicaban precisamente un sistema similar comunal de agricultura y pastoreo. Es evidente que por toda España han conservado los pueblos el sistema comunal de pastoreo desde los tiempos romanos y visigodos. Desde luego, no hay nada que sea muy original en este sistema comunal de cultivar la tierra. En un tiempo fue general: en Rusia (el *mir*), en Alemania (el *flurzwang*), en Inglaterra (el sistema de *campo abierto*) Lo que es, no obstante, digno de observación es que en España las comunidades de los pueblos desarrollaban espontáneamente, sobre esa base, un sistema extensivo de servicios municipales llegando a veces a alcanzar un estado avanzado de comunismo. Como hemos visto en el caso de Port de la Selva, la municipalidad proveía al pueblo de todo lo que necesitaba para su vida diaria y lo sostenía en caso de enfermedad o de vejez. En Llánabes hallaba sus necesidades de la otra vida igualmente atendidas.

Podemos preguntarnos si es el carácter español o las circunstancias económicas lo que ha conducido a este sorprendente desarrollo. Está claro que las peculiares condiciones agrarias de la península, la gran desolación de muchos pueblos y la tardanza en el surgimiento de un elemental sistema capitalista hayan jugado su parte, pero no han sido los únicos factores que han contribuido. Cuando consideramos el número de cofradías que, hasta no hace mucho tiempo, poseían y trabajaban la tierra en común en previsión a la vejez y como seguro para caso de enfermedad de sus miembros; cuando consideramos instituciones populares como la de la *Cort de la Seo* en Valencia regularizando con una base puramente voluntaria un complicado sistema de regadío; cuando consideramos, por último, el sorprendente desarrollo, en años recientes, de las sociedades cooperativas y productivas en las cuales campesinos y pescadores adquirían las herramientas de trabajo, la tierra que necesitaban, las instalaciones necesarias para comprar y vender en común, debemos reconocer que la clase trabajadora española posee un talento y capacidad espontáneos para la cooperación que excede a todo lo que se pueda hallar hoy en otros países europeos⁵.

Gerald Brenan (Anexo a *El laberinto español*).

[5] Para el origen de estas comunidades y de las primitivas municipalidades, véase *Origen del régimen municipal en Castilla y León, 1903 y El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña durante la edad media, 1905*, de Eduardo de Hinojosa. También *Historia de la administración pública en Portugal en los siglos XI y XII*, tomo I, 1885; tomo II, 1896; tomo III, 1904, por Henrique da Gama Barros, Lisboa. Hay una bibliografía abundante en *Historia de España*, tomo II, de Ballesteros. Véase también el mismo libro, volumen IV, parte II, p. 152. Para informaciones recientes sobre el movimiento moderno cooperativista, véase la página 172 y también la pequeña bibliografía que se da al final de este libro, bajo el epígrafe de capítulo X. Véase también *El colectivismo agrario en España*, de Joaquín Costa, 1898, y *Behind the barricades* de J. Langdon Davies, 1936, p. 66-67 y 78-80, de la segunda edición. Nota del autor